LIBRO dot.com

HENRY JAMES

LOS PAPELES DE ASPERN



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Los papeles de Aspern
Henry James

I

La única idea fecunda en todo el asunto surgió de los labios amigos de mistress Prest, a la cual había confiado el secreto. Ella fue quien urdió la estratagema y aflojó el nudo gordiano. En las mujeres no suele suponerse el don de elevarse a una visión amplia de un problema cualquiera. Sin embargo, desarrollan a veces con singular serenidad planes tan audaces como pudiera concebirlos un hombre.

—Sencillamente, hágase usted admitir en calidad de inquilino.

No creo que yo hubiera llegado sin ayuda a encontrar esa solución. Lo cierto es que me andaba por las ramas tratando de mostrarme ingenioso y preguntándome gracias a qué combinación de ardides podría tratar a aquellas damas, cuando mi amiga me ofreció aquella feliz solución: la mejor manera de relacionarme sería convirtiéndome en íntimo desde el principio.

Su conocimiento real de las señoritas Bordereau no era muy superior al mío, y además yo había llevado de Inglaterra algunos datos concretos que le resultaban nuevos. Hacía muchísimos años, el apellido Bordereau había sido asociado a uno de los nombres más célebres del siglo. Ellas vivían oscuramente en Venecia, con escasos recursos, inaccesibles, en un viejo palacio aislado y medio deshabitado. Tal era sustancialmente la impresión de mi amiga, que, por otra parte, se había establecido en Venecia hacía unos quince años y había prodigado allí el bien a manos llenas; pero su bondad no se había extendido nunca a las dos norteamericanas tímidas, misteriosas, y hasta cierto punto poco respetables, según se sospechaba, que no deseaban atención ni pedían favores. Por lo demás, se suponía que la prolongada ausencia les había hecho perder todas las características nacionales, sin contar con que el apellido mismo sugería cierta filiación francesa.

En los primeros años de su residencia mistress Prest había tratado de acercárseles; pero sólo tuvo éxito con la «pequeña», como denominaba a la sobrina, aunque yo descubrí después que era la más alta de las dos. En aquella ocasión mi amiga había oído decir que miss Bordereau estaba enferma, y como la suponía pobre, se había dirigido a su casa para ofrecerle ayuda, porque en caso de haber allí sufrimiento, y en particular sufrimiento norteamericano, no quería tenerlo sobre su conciencia. La «pequeña» la había recibido en la enorme sala veneciana, deslucida y fría, que constituía el vestíbulo central del caserón, con su piso de mármol y su techo de vigas entrecruzadas, sin invitarla a sentarse siquiera.

El informe no resultaba alentador para mí, y así se lo hice notar a mistress Prest, quien se apresuró a responder con profunda perspicacia:

—Pero su caso es muy distinto. Yo iba a ofrecer un favor, mientras que usted va a solicitarlo. Si son orgullosas, la ventaja será suya.

Y para empezar, se ofreció a llevarme en su góndola para mostrarme la casa. Le hice saber que ya había ido a contemplarla media docena de veces, pero acepté su invitación porque me encantaba rondar el terreno. Ya me había encaminado hacia él al día siguiente de llegar a Venecia y lo había cercado con la mirada mientras meditaba un plan de

campaña; además me lo había descrito el mismo amigo de Inglaterra al cual debía la información precisa sobre los papeles que estaban en poder de las dos mujeres. Jeffrey Aspern nunca había estado en el palacio; pero algún eco de su voz, indirecto y moribundo, parecía habitar aún en aquellos parajes.

Mistress Prest no sabía nada de los papeles, pero estaba interesada en mi curiosidad, como lo estaba siempre en las alegrías y en las penas de sus amigos. Mientras nos deslizábamos en su góndola, bajo el toldo íntimo, con el hermoso paisaje de Venecia encuadrado a ambos lados por las ventanas movedizas, la vi divertida con mi nerviosismo, y comprendí que juzgaba mi interés en el posible botín como un curioso caso de monomanía.

—Se diría que espera usted encontrar la respuesta al enigma del universo —bromeó.

Y no intentaba ocultar mi emoción, y repuse que si me fuera dado escoger entre aquella preciosa respuesta y un manojo de cartas de Jeffrey Aspern, sabía con toda seguridad cuál de las dos cosas elegiría. Ella pretendió menospreciar el genio de Aspern, y no me tomé el trabajo de defenderlo. Uno no defiende a su dios; el dios de uno es en sí mismo una defensa. Por lo demás, hoy, después de su largo oscurecimiento relativo, el poeta se ha elevado muy alto en nuestro cielo, a la vista de todo el mundo, y ya es parte de la luz a cuya claridad avanzamos.

Únicamente me aventuré a decir que Aspern no había sido, sin duda, el poeta de las mujeres; a lo cual respondió mistress Prest, con notable acierto, que lo había sido por lo menos de miss Bordereau. Para mí lo más notable había sido descubrir en Inglaterra la supervivencia de esta dama; era como si me hubieran dicho que vivían aún la mujer de Siddon, o la reina Carolina o la famosa lady Hamilton. Porque, a mi juicio, pertenecía a una generación igualmente desaparecida.

—Pero debe de ser terriblemente vieja... ¡Por lo menos centenaria! —recuerdo que comenté.

Sin embargo, puesto a considerar fechas, advertí que no era forzoso que hubiera superado con exceso el promedio normal de vida. Con todo, su edad era respetable y su relación con Jeffrey Aspern databa de su más temprana juventud.

—Ésa es su disculpa —sentenció mistress Prest, ligeramente avergonzada de sus palabras, tan poco acordes con el ambiente veneciano. ¡Como si alguna mujer necesitara disculpa por haber amado al poeta divino! Porque no había sido tan sólo una de las mentalidades más brillantes de su época —¡y nadie ignora cuántas hubo en aquellos jóvenes años del siglo!—, sino también uno de los hombres más apuestos y galantes.

Según mistress Prest, la sobrina era mucho más joven, y hasta aventuró la conjetura de que se tratara de una sobrina nieta. Era posible, yo sólo compartía el conocimiento, muy limitado, de Juan Cumnor, aquel amigo inglés con quien me sentía hermanado en la adoración del poeta, pero que no había visto jamás a las dos mujeres. El mundo, como ya he dicho, había llegado a reconocer a Jeffrey Aspern; pero Cumnor y yo habíamos sido los primeros en consagrarlo. La muchedumbre se congregaba hoy en su templo, mas nosotros nos considerábamos los ministros predestinados a su culto. Sosteníamos, justamente según creo, que habíamos hecho más que cualquier otro por su memoria, y lo habíamos hecho simplemente esclareciendo algunos puntos de su vida. Nada tenía que temer de nosotros, porque nada podía temer de la verdad, y establecer la verdad era el único interés que nos guiaba. Su temprana muerte había sido la única nota sombría de su historia, a menos que aquellos papeles que estaban en poder de las señoritas Bordereau

revelasen perversamente alguna otra.

Hacia 1825 había existido la impresión general de que «se había portado mal con ella», y se sospechaba también que se había «aprovechado» de varias otras (para utilizar la desagradable expresión del populacho londinense) con idéntica fortuna. Mi amigo y yo habíamos conseguido elucidar cada uno de aquellos episodios, y siempre nos había sido posible reivindicarlo cuidadosamente de cualquier imputación de vulgaridad. Tal vez lo juzgara yo con más indulgencia aún que Cumnor; en todo caso, lo cierto era, a mi entender, que ningún hombre hubiera podido conducirse con mayor rectitud, dadas las especiales circunstancias, que habían sido casi siempre arduas y peligrosas.

La mitad de las mujeres de su época, para decirlo generosamente, se habían arrojado en sus brazos. Cuando el frenesí arreció —y era muy contagioso— no pudieron dejar de producirse ciertos incidentes, algunos de gravedad. En la fase moderna de su éxito, como ya le había hecho notar a mistress Prest, no era el poeta de las mujeres; pero la situación había sido notablemente distinta cuando la voz misma del hombre se mezclaba a su canto. De acuerdo con todos los testimonios aquella voz fue una de las más fascinantes que se hayan oído jamás.

—¡Orfeo y las Ménades! —exclamé cuando leí por vez primera su correspondencia. Casi todas las ménades, sin embargo, se mostraron poco razonables, y muchas de ellas, francamente insufribles. En mi opinión, pues, la conducta de Jeffrey Aspern había sido más blanda y considerada de la que yo mismo hubiera podido tener, en la medida en que podía imaginarme en semejante caso.

Resultaba profundamente extraño, y no gastaré papel tratando de explicarlo, el hecho de que, mientras en todas nuestras anteriores investigaciones sobre sus relaciones sentimentales habíamos tenido que habérnoslas tan sólo con polvo y fantasmas (ecos y nada más), la única fuente viva de información que había quedado en nuestro tiempo no hubiera sido ni siquiera sospechada por nosotros.

Suponíamos muertos a todos los contemporáneos del poeta. No creíamos posible poder contemplar un par de ojos que se hubiesen mirado en los suyos; o sentir, en una mano añosa alguna vez acariciada por su mano, la transmisión de su roce. Y más muerta que todos nos parecía la pobre miss Bordereau, a pesar de ser la única superviviente. Cuando la descubrimos, asombrados, no lográbamos comprender no haberla encontrado antes, y al fin hallamos la explicación en su quietud y en su silencio. Sin embargo, al analizar su actitud, tuvimos que admitir que la pobre mujer había obrado bien recatándose así. Pero para nosotros significó una sorpresa comprobar la posibilidad de una autoanulación tan absoluta en la segunda mitad del siglo XIX: la era de los periódicos, de los telegramas, de las fotografías y de las entrevistas. Tampoco se había molestado mucho en pasar desapercibida, no se había escondido en un agujero ignoto; por el contrario, se había establecido audazmente en una ciudad de escaparate. La única clave de su anónimo era la existencia en Venecia de tantas curiosidades mayores. Por otra parte, también el azar había intervenido hasta cierto punto en su favor, como lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que a mistress Prest no se le hubiese ocurrido nunca hablarme de ella, aunque cinco años antes hubiera pasado yo tres semanas en Venecia, teniéndola todo el tiempo, por así decirlo, al alcance de mi mano. Lo cierto es que mi amiga no se había preocupado apenas de la anciana; parecía, incluso, haberla olvidado por completo. Evidentemente, mistress Prest no tenía fibra de editor.

La permanencia de miss Bordereau en el extranjero no constituía tampoco, por sí

sola, una explicación para haber logrado eludir nuestro celo, ya que nuestras pesquisas nos habían llevado con frecuencia —no sólo para encontrar correspondencia, sino en plan de investigación personal— por tierras de Francia, Alemania e Italia, donde había transcurrido parte de la breve carrera de Aspern, sin contar con su importante temporada en Inglaterra. Nos satisfacía pensar, por lo menos, que en todas nuestras publicaciones (y mucha gente opina, según creo, que las hemos extremado) sólo muy de pasada y con gran discreción nos hubiésemos referido a miss Bordereau. Cosa extraña: incluso poseyendo aquellos documentos cuyo destino nos intrigó tan a menudo, éste hubiera sido, entre todos, el episodio más difícil y espinoso de tratar.

La góndola se detuvo. Frente a nosotros estaba el viejo palacio: uno de esos caserones venecianos que hasta en el más absoluto abandono conservan su arrogancia soberana.

—¡Qué precioso; es todo gris y rosa! —exclamó mi compañera. Y ésta era la descripción más adecuada que podía hacerse.

La amplia fachada, con el balcón de piedra que corría de extremo a extremo del *piano nobile* o piso principal, era bastante arquitectónica gracias a los diversos arcos y pilastras, y el estuco, con que se habían revestido hacía ya mucho tiempo las superficies planas, presentaba un matiz sonrosado en la tarde abrileña. No era excesivamente viejo: sólo contaba dos o tres siglos, y su aspecto no resultaba decadente, pero emanaba de él como un manso desaliento, una cierta sensación de fracaso.

El palacio daba a un amplio canal, melancólico y solitario, flanqueado a ambos lados por una estrecha *riva* o acera.

—Me pregunto por qué, no habiendo aquí tejados de ladrillo, este lugar me pareció la primera vez mucho más holandés que italiano; mucho más a la manera de Amsterdam que a la de Venecia —comentó mistress Prest—. Está extrañamente limpio, y aun cuando se puede pasar por aquí a pie, apenas nadie piensa alguna vez en hacerlo. Resulta tan negativo, considerando el lugar donde está enclavado, como un domingo protestante. Tal vez la gente tiene miedo de las señoritas Bordereau... Me atrevería a asegurar que han adquirido fama de brujas.

Yo estaba entregado a mis reflexiones, y no consigo recordar mi respuesta. Pensaba que si la anciana señora vivía en una casa tan grande e imponente no podía estar de ningún modo en la miseria, y no la tentaría, por lo tanto, la posibilidad de alquilar un par de habitaciones. Expresé mis temores a mistress Prest, quien repuso acertadamente:

—De no ser grande la casa ¿cómo podría tener habitaciones disponibles? Si no poseyera un alojamiento tan amplio carecería usted de oportunidad para acercarse a ella. Por otra parte, una casa grande en este *quartier perdu* no prueba absolutamente nada: es perfectamente compatible con un estado de indigencia. Si le interesa a usted un viejo palacio desocupado, podría obtenerlo fácilmente por cinco chelines anuales. No... Hasta que no conozca socialmente a Venecia tan bien como yo, le será imposible hacerse una idea de su desolación doméstica. Viven con nada, porque no tienen nada.

De pronto se me ocurrió una idea. Se relacionaba con una pared alta y lisa, que limitaba un trecho de terreno a un lado de la casa. Digo lisa, aunque estaba cubierta por ese tipo de manchas que tanto gustan a los pintores: brechas reparadas, desconchados del yeso, lugares donde aflora el ladrillo descolorido por el desgaste del tiempo. Varios árboles ralos y raquíticos asomaban por encima. Aquel lugar era un jardín, que aparentemente pertenecía a la casa. Y yo comprendí que me proporcionaba un pretexto.

Sentado a la sombra de nuestro *felze,* junto a mistress Prest, observaba absorto todo

aquello (velado por el dorado resplandor de Venecia), cuando mi amiga me preguntó si prefería bajar entonces y que ella me esperara, o volver en otra oportunidad. Me costó decidirme; excesiva debilidad en mí, sin duda. Necesitaba pensarlo más despacio; quizá volviera a pie otro día... La posibilidad de un fracaso me acobardaba y, como le hice notar a mi compañera, mi carcaj no tenía más que una flecha y no quería perderla.

—¿Por qué razón no encontraría usted otra? —inquirió ella asombrada, mientras yo seguía hundido en mis dudas y cavilaciones.

Mistress Prest no lograba comprender por qué no dispondría yo del simple recurso de ofrecer una suma de dinero, en vez de tomarme el trabajo de convertirme en un íntimo, lo cual quizá resultase, aun en el caso de lograrlo, terriblemente incómodo.

—Parece haber olvidado que la anciana se niega incluso a oír hablar de sus reliquias y recuerdos. Son cosas personales, delicadas, íntimas, y ella no tiene, gracias a Dios, la sensibilidad de nuestra época. Si hiciera sonar esa nota al principio, perdería la partida para siempre. Sólo puedo llegar al botín ganándome su confianza, y sólo puedo ganarme su confianza utilizando recursos diplomáticos. La hipocresía y la duplicidad son mis dos únicas armas. Lo lamento, pero cometería cualquier bajeza en honor de Jeffrey Aspern. Debo primero tomar el té con miss Bordereau, y sólo después emprender el trabajo importante.

Le expliqué lo que le había sucedido a Juan Cumnor cuando le escribió con el mayor respeto. Su primera carta no había sido tenida en cuenta, y la segunda recibió de la sobrina una irritada contestación de seis renglones:

«Miss Bordereau me encarga manifestarle que no logra siquiera imaginar lo que se proponía al importunarnos. No poseemos ninguno de los "despojos literarios" de míster Aspern. Pero, aun en caso contrario, no tendríamos la menor intención de exhibirlos bajo ningún pretexto. Ella no puede concebir a qué viene todo esto y le ruego que respete su aislamiento.»

Yo no deseaba exponerme a recibir el mismo trato que mi amigo.

—En fin, tal vez no tengan nada, después de todo —comentó mistress Prest de forma provocativa—. ¿Cómo puede usted estar tan seguro, si ellas lo niegan de plano?

—Es Juan Cumnor quien lo está. Y me llevaría demasiado tiempo explicarle cómo fundamenta su certidumbre, o su fuerte presunción por lo menos; tan fuerte, que subsiste a pesar del engaño, bastante lógico, de la anciana. Además le da mucha importancia a la prueba interna que encierra la carta de la sobrina.

—¿La prueba interna?

—Sí. El hecho de llamar «míster Aspern» al poeta.

—No entiendo qué pueda probar eso.

—¡Oh! Prueba familiaridad, y la familiaridad implica posesión de recuerdos, de objetos tangibles. No podría decirle todo lo que en mí sugiere ese «míster Aspern»; qué puente maravilloso tiende sobre el abismo del tiempo, cómo me acerca a la figura de nuestro héroe y exacerba mi deseo de conocer a Juliana. Uno no dice «míster Shakespeare».

—¿Lo diría, en cambio, si poseyera un cofre lleno de cartas suyas?

—¡Sí, en el caso de haber sido su amante, y de que alguien codiciara las cartas!

Y proseguí, diciendo que Juan Cumnor estaba tan convencido, y de tal manera había

reforzado su convicción el tono de miss Bordereau, que él mismo se habría trasladado a Venecia a no ser por un obstáculo insalvable: para ganarse la confianza de las damas habría tenido que negar su identidad con la persona que les había escrito. Y a pesar de un posible cambio de nombre existía el peligro de que le preguntasen si no era él, acaso, su desairado corresponsal, en cuyo caso se vería obligado a una mentira demasiado innoble. Sobre mí, en cambio, no pesaba ningún compromiso semejante: era nuevo en la empresa y podía protestar sin necesidad de mentir.

—De todos modos —comentó mistress Prest—, tendrá usted que presentarse con un nombre falso. Juliana vive tan alejada del mundo como es posible hacerlo; pero es muy probable, no obstante, que haya oído hablar de los editores de Jeffrey Aspern. Tal vez haya comprado, incluso, lo que han publicado de él.

—Ya he pensado en ello —repuse, y saqué de mi cartera una tarjeta sobre la cual estaba impreso un *nom de guerre* bien elegido.

—Es usted previsor..., además de inmoral —observó mi compañera—. Podría haberlo escrito simplemente a mano, ¿no le parece?

—Así resulta más auténtico.

—¡La curiosidad le presta un coraje extraordinario! Pero, ¿qué va a hacer con su correspondencia? Como parece lógico, no vendrá a ese nombre.

—La mandarán a la dirección de mi banquero y yo iré a buscarla todos los días. Me servirá para hacer un poco de ejercicio. Por otra parte, a beneficio de la *padrona,* Juan Cumnor puede remitirme al palacio algunas cartas dirigidas a mi nombre supuesto.

—Acaso reconozcan su letra —me advirtió mi amiga.

—No, si la desfigura en los sobres.

—¡Oh! —se asombró—. Forman ustedes una hermosa pareja. ¿No se le ha ocurrido que, aun cuando afirme que no es Cumnor en persona, ellas puedan sospechar que se trata de un emisario suyo?

—Desde luego. Y sólo veo una manera de impedirlo.

—¿Cuál?

Vacilé un instante.

—Haciéndole el amor a la sobrina.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¡Espere a conocerla primero!

Mistress Prest parecía muy divertida.

—¿Tiene la intención de dedicarse exclusivamente a su empresa? —inquirió al cabo de un momento—. ¿No irá a visitarme de vez en cuando?

—Por supuesto que sí. Pero usted habrá abandonado ya Venecia, huyendo del calor, antes de que yo haya conseguido resultado alguno. Estoy dispuesto a asarme vivo todo el verano..., y toda la eternidad si fuera preciso, con tal de conseguir mi propósito.

II

Cinco minutos después aguardaba en la sala del piso alto, larga y sombría, donde la desnuda flor de la *scagliola* se insinuaba tímidamente por una rendija de los postigos cerrados.

La estancia era fría e imponente.

Mistress Prest había desaparecido, tras darme cita, para media hora después, en un puente cercano. Y yo había sido introducido en la casa, luego de agitar la herrumbrosa

campanilla, por una criadita pálida y pelirroja, muy joven y bien parecida, que llevaba zapatillas y se tocaba con un chal a modo de caperuza. Me abrió la puerta desde arriba por el procedimiento usual de una polea crujiente, después de haberme observado desde una de las ventanas altas con el cauto desafío que precede en Italia al acto de admitir a un visitante. Esta supervivencia de los usos medievales me irritó tanto, a título puramente personal, como debió haberme complacido, supongo, en mi calidad de apasionado anticuario. Sin embargo, estaba resuelto a mostrarme afable a todo trance; y desde el umbral mismo extraje mi tarjeta del bolsillo y se la mostré extendiendo el brazo y sonriendo, como si se tratara de un talismán. Y como tal obró, en efecto, porque tuvo la virtud de hacerle bajar la escalera. Le rogué que entregara la tarjeta a su ama, después de escribir en el dorso las siguientes palabras en italiano: «¿Tendría usted la bondad de conceder unos minutos a un viajero norteamericano?»

La criadita no se mostraba hostil, y eso bastaba por el momento para alentarme. Se ruborizó y sonrió tímidamente, entre medrosa y complacida. Era fácil adivinar que mi llegada le parecía un gran acontecimiento, que las visitas eran escasas en aquella casa y que, personalmente, ella habría preferido un empleo más animado.

Cuando cerró la pesada puerta detrás de mí tuve la sensación de haber puesto un pie en la ciudadela, y me propuse mantenerlo allí con energía. Luego la joven atravesó rápidamente el vestíbulo del piso bajo, húmedo y pétreo, y la seguí por la empinada escalera sin esperar a ser invitado. Supongo que su intención había sido hacerme esperar abajo, pero yo no la compartía y me dispuse a hacerlo en la sala.

Cuando la muchacha desapareció por la puerta del fondo y me quedé solo, miré en torno con el corazón palpitante, experimentando una extraña sensación de angustia semejante a la que se suele sentir en las antesalas de los dentistas.

El lugar tenía una extraña grandeza. Las puertas, coronadas por viejos y deslustrados escudos de armas, bellamente arquitectónicas, tan altas como las de la enorme fachada, se repetían a uno y otro lado del salón en intervalos periódicos. Y de las paredes colgaban algunos cuadros oscuros, que me impresionaron como especialmente malos en sus marcos maltrechos y manchados, más agradables, con todo, que los mismos lienzos.

Poco había que observar en la estancia majestuosa y sombría, a excepción de algunas sillas con asiento de paja, adosadas a la pared. Era evidente que aquel lugar sólo se utilizaba como pasadizo, y aun en tal carácter con escasa frecuencia.

En el momento en que volvió a abrirse la puerta por donde había salido la criadita, mis ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad.

Apareció la mujer alta y delgada, de pálido semblante, que vestía una bata de color apagado.

—¡El jardín! —exclamé, mientras me adelantaba presuroso a su encuentro—. ¡El jardín! Dígame si le pertenece, por favor.

Ella me observó asombrada.

Mi afirmación no significaba, en modo alguno, que yo deseara cultivar con mis propias manos la tierra del enmarañado recinto que se extendía bajo las ventanas. Sin embargo, hubiera podido interpretarse así por el apasionado tono de mis palabras.

Yo me había expresado en italiano, pero ella me contestó en inglés.

—Nada de lo que hay aquí es mío —dijo fría y tristemente.

—¡Qué maravilla! ¡Es usted inglesa! —fingí asombrarme astutamente—. Pero sin duda alguna el jardín pertenece a la casa...

—Desde luego.

Mi interlocutora hablaba pausada y dulcemente. No me invitó a sentarme, como no lo había hecho años atrás con mistress Prest (suponiendo que fuera ella la sobrina); y permanecimos de pie, uno frente al otro, en el majestuoso y desierto vestíbulo.

—Bueno —proseguí—. En este caso ¿tendría usted la amabilidad de indicarme a quién puedo dirigirme? Temo que me juzgue un impertinente... Pero necesito absolutamente tener un jardín, ¿comprende? ¡Sí, lo necesito!

Su expresión era candorosa, a pesar de que su rostro había perdido ya la juventud y el frescor. Tenía los ojos grandes y apagados; abundante cabellera desarreglada y unas manos largas y finas, posiblemente poco pulcras. Las crispó en un gesto de impotencia y me miró entre confusa y alarmada.

—¡Oh, por favor, no nos lo quite! —rogó.

—¿Disponen ustedes de él?

—¡Oh, sí! A no ser por eso... —dijo, insinuando una vaga y tímida sonrisa.

—Constituye un gran lujo, ¿no es cierto? —ponderé—. Por esa razón, precisamente, proponiéndome pasar unas semanas en Venecia, o tal vez todo el verano, y teniendo en proyecto ciertas tareas literarias, me veré obligado a permanecer la mayor parte del tiempo quieto y, si me es posible, al aire libre. Ésa es la razón por la que necesito un jardín. Apelo a su propia experiencia...

Mas ella permanecía inmóvil, sin atinar a responder.

—¿No querría permitirme contemplar el de ustedes? —solicité, esforzándome por sonreír abiertamente.

—¡Oh! No sé. No comprendo... —murmuró, sin oponer a mi extravagante demanda más que un débil, casi desesperado asombro.

—Me conformaría con verlo desde una de aquellas ventanas... Si me permitiera abrir los postigos...

Me encaminé resueltamente hacia el fondo de la sala, pero a mitad de camino me detuve y aguardé, en la esperanza de que la mujer me acompañara. Me había mostrado ferozmente brusco, e intentaba al mismo tiempo darle la impresión de una extremada cortesía.

—En un lugar como Venecia son raros los jardines. Y parecerá, si usted quiere, absurdo en un hombre; pero yo no puedo vivir sin flores. He estado viendo habitaciones amuebladas por todas partes, y parece imposible encontrar una con un jardín adjunto.

—No hay por aquí ninguna que merezca la pena.

Y mientras hablaba se aproximó un poco como si, a pesar de su desconfianza, se sintiera atraída hacia mí por un hilo invisible. Adelanté unos pasos y ella continuó diciendo, mientras me seguía:

—Tenemos flores, pero muy comunes. Es demasiado difícil cultivarlas: haría falta un jardinero.

—¿Por qué no podría ser yo? —inquirí—. Trabajaría sin salario... O mejor, tomaríamos uno. Tendrían ustedes las flores más hermosas de Venecia.

—Pero no nos conocemos... No nos conocemos... —susurró la pobre mujer, con una vocecita trémula.

—Me conoce tanto como yo a usted. O mucho más, ya que no ignora mi nombre. Y puesto que es inglesa, casi podemos considerarnos compatriotas.

—No soy inglesa —declaró observándome, prácticamente sometida, mientras yo

abría los postigos de la amplia y elevada ventana.

—¿Puedo preguntarle qué es? ¡Habla tan bellamente el idioma!

Ella no contestó, tan perdida estaba en su confusión.

Contemplado desde arriba, el jardín parecía en verdad miserable, pero a la primera ojeada comprendí que ofrecía grandes posibilidades.

—¿Es acaso norteamericana? —seguí preguntando.

—No lo sé. Antes lo era.

—¿Antes? Seguramente no habrá cambiado.

—¡Hace tantos años! Ahora creo que ya no soy nada.

—¿Tanto tiempo lleva usted viviendo aquí? Pero no me extraña: habita uno magnífica mansión. Supongo que todos usarán el jardín, pero le aseguro que yo no molestaría. Me quedaría absolutamente quieto, en un rincón.

—¿Todos? —repitió ella vagamente, sin acercarse a la ventana y con la vista fija en mis zapatos.

—Me refería a la familia, sean cuantos fueren.

—Sólo hay una más. Y es muy anciana y no baja nunca.

Ante esa limitada identificación de Juliana me sentí estremecer.

—¡Solamente dos personas en esta casa tan enorme! —me fingí, no ya asombrado, sino escandalizado incluso—. Luego, deben de tener ustedes mucho espacio disponible.

—¿Disponible? —repitió, como si lo hiciera sólo para paladear la insólita belleza de la palabra.

—Dudo que necesiten cincuenta habitaciones para vivir dos mujeres tan tranquilas y apacibles como ustedes... Porque veo que lo son.

Ella negó lentamente con la cabeza. Y yo, en un estallido de esperanza y animación, me atreví a plantear el asunto directamente:

—¿No podrían concederme una pequeña parte de la casa, por un buen alquiler? Con eso me conformaría.

Finalmente, había dado la nota que traducía mi propósito, y no considero necesario reproducir toda la partitura que ejecuté a continuación. Creo que logré que mi interlocutora me considerara persona sin doblez, aunque ni siquiera intenté disuadirla de mi supuesta excentricidad. Le expliqué que debía realizar ciertos estudios, que necesitaba reposo, que amaba los jardines, que en vano había buscado uno por toda la ciudad y que de buena gana me encargaría de llenar la vieja casa de flores antes del transcurso de un mes. Supongo que fueron las flores las que ganaron mi pleito, porque más tarde descubrí que miss Tina (tal era el ridículo nombre de aquella solterona alta y trémula) las amaba con insaciable avidez. Cuando hablo de haber ganado el pleito me refiero a la promesa que me hizo, antes de despedirnos, de comunicar mi petición a su tía. Le pregunté el nombre de la dama y ella repuso, con aire sorprendido:

—¡Miss Bordereau, naturalmente! —como si yo hubiera debido saberlo.

Según pude comprobar más adelante, miss Tina tenía a cada paso contradicciones parecidas, que la hacían sorprendente y le conferían un cierto interés. Aquellas mujeres se habían propuesto vivir de tal forma que el mundo no pudiera hablar de ellas ni alcanzarlas, y, no obstante, nunca habían podido aceptar del todo la idea de ser ignoradas. Por lo menos en miss Tina no había desaparecido cierto gusto por el contacto humano, y si yo había de habitar en la casa, ese contacto existiría por limitado que fuese.

—Somos muy pobres y vivimos muy mal, casi con nada —se sintió en la obligación

de decirme—. Pero nunca hemos hecho nada semejante. Nunca hemos tenido un huésped, ni un inquilino... Además, las habitaciones están vacías: no tienen ningún mueble. No sé cómo podría usted...

—*C'est la moindre des choses!* El problema tendría solución en una hora o dos. Conozco a un hombre a quien podría alquilarle, por una bagatela, todo lo que pudiera necesitar, y mi gondolero se encargaría de traerlo en su barca.

Hice una breve pausa, y como ella se mantuviera en silencio añadí:

—En una casa tan grande sin duda tendrán dos cocinas.

—Sí, una en cada piso —afirmó con su voz apagada.

—¡Eso es formidable! Mi criado, que es un joven maravilloso —(este personaje fue una inspiración del momento)— podría cocinarme algunos bocados. Mis hábitos y mis gustos son sencillísimos. ¡Puede decirse que vivo de flores!

El hecho de que fueran muy pobres, me aventuré a añadir, era una razón de más para alquilar algunas habitaciones. E inmediatamente advertí, por su expresión asombrada, que a nadie se le había ocurrido nunca hablarle de aquella forma a la buena mujer: con cierta amable firmeza, no exenta de simpatía.

Tal vez hubiera podido replicarme que mi simpatía le resultaba impertinente, pero afortunadamente no se le ocurrió. Me separé de ella, pues, con su promesa de que sometería la cuestión a su tía, y quedó convenido que yo volvería al día siguiente para conocer su decisión al respecto.

—La anciana se negará. Temo que todo este asunto le parezca muy *louche* —declaró lacónicamente mistress Prest cuando volví a ocupar mi asiento en su góndola.

Había sido ella, justamente, quien me había sugerido la idea, y ahora —¡no puede contarse con las mujeres!— se mostraba desanimada. Su pesimismo provocó mi rebeldía y le aseguré alimentar las más fundadas esperanzas. Llegué a jactarme, incluso, del posible éxito, a lo cual repuso vivamente mi amiga:

—¡Ah, ya entiendo! Imagina haberle causado una impresión tan fuerte en cinco minutos de charla, que la ha dejado muriéndose de ganas de volver a verle, y cree que puede contar con su ayuda para convencer a la vieja. Si mañana le admiten lo considerará como un triunfo personal.

Y en efecto lo consideraba así, pero únicamente en calidad de conversador, porque, en cuanto a hombre, no cultivaba el arte de las conquistas.

Cuando regresé al día siguiente la criadita me condujo directamente a través de la espaciosa sala, por cuyos ventanales entreabiertos penetraba alegremente la luz (lo que me pareció un buen augurio), hasta la estancia de la cual había salido miss Tina la tarde anterior. Se trataba de un saloncito agradable y modesto, bajo cuyo techo, cubierto de hermosas pinturas antiguas, una extraña figura estaba sentada, sola, junto a la ventana.

Hoy evoco, casi con la misma emoción que me causaron entonces, los sucesivos estados de ánimo a través de los cuales adquirí conciencia, no bien se hubo cerrado la puerta a mi espalda, de estar frente a la Juliana de Aspern: frente a la musa de alguno de sus poemas más exquisitos y famosos. Después llegué a habituarme a ella, aunque nunca del todo; pero en aquel momento me latía el corazón tan deprisa como si un milagro de resurrección se hubiera obrado para mi exclusivo provecho. Su presencia parecía contener y expresar en cierto sentido la del poeta, y en aquel primer encuentro me sentí más cerca de él de lo que jamás, ni antes ni después, logré sentirme.

Sí; recuerdo una por una todas mis emociones de entonces: incluso el leve y curioso

escalofrío al comprobar que estábamos solos, que la sobrina no nos acompañaba. La tarde anterior me había familiarizado bastante con ella, y ya casi excedía a mis fuerzas —por mucho que hubiera suspirado por tal oportunidad— el hecho de encontrarme a solas con aquella reliquia imponente. Resultaba demasiado extraña; demasiado literalmente una resucitada. Luego me sobresalté al advertir que la anciana ocultaba sus ojos con una espantosa visera verde que producía el efecto de una máscara. Supuse por un momento que la utilizaba a fin de poder mirarme sin que yo la viese a ella. Parecía una cabeza fantasmal en acecho... ¡La divina Juliana bajo la forma de una calavera gesticulante! ¡La idea me sobrecogió! Comprendí en seguida que era una mujer tremendamente vieja, tan vieja que la muerte podía arrebatarla en cualquier momento sin darme tiempo a cumplir mi propósito. Mas otra idea mitigó mi temor: quizá muriera la semana próxima; al día siguiente, tal vez... Entonces yo podría registrar sus muebles y arrojarme sobre sus tesoros.

Entretanto, allí estaba, muda e inmóvil. Parecía muy pequeña y encogida, así inclinada hacia adelante, con las manos cruzadas sobre el regazo. Vestía de luto y había cubierto su cabeza con un pedazo de encaje negro que no dejaba ver su cabello.

Y como sea que yo, emocionado, me mantuviera silencioso, habló ella la primera. Y sus palabras fueron, precisamente, las que menos hubiera podido esperar.

III

—El pequeño canal es muy *comme il faut,* pero nuestra casa está demasiado apartada del centro.

—¡Oh! Yo no puedo imaginar nada más encantador —me apresuré a replicar—. Es el rincón más delicioso de Venecia.

La anciana tenía la voz frágil, pero su acento era cultivado y agradable, y me resultaba maravilloso pensar que hubiese resonado alguna vez en el oído de Jeffrey Aspern.

—Tenga la bondad de sentarse allí —dijo señalando una silla situada a cierta distancia.

Y al cabo de un momento añadió secamente, como si yo hubiera estado gritando:

—Oigo muy bien.

Empecé por asegurarle que me daba perfecta cuenta de no haber sido debidamente presentado, añadiendo que sólo me cabía remitirme a su indulgencia. Tal vez la otra dama, a quien había tenido el honor de saludar la víspera, le hubiera explicado el asunto del jardín. Mi interés por él era lo único que me daba valor para aventurar un paso tan poco convencional. Me había entusiasmado con el lugar desde que lo vi por vez primera —ella probablemente estaba tan acostumbrada a él que no sabía la honda impresión que podía causar en un extranjero—, y el caso me había parecido en realidad digno de correr un riesgo. ¿Probaba, su amabilidad al recibirme, que no me había equivocado del todo al concebir ciertas esperanzas? Me alegraría extraordinariamente que así fuese. Podía ofrecerle mi palabra de honor de que yo era persona altamente respetable e inofensiva, y que en calidad de cohabitante del palacio, por así decirlo, apenas advertirían ellas mi presencia. Estaba dispuesto a avenirme a todas las condiciones con tal de que me permitieran disfrutar del jardín. Por otra parte, me sentiría encantado de presentarles las garantías y referencias más seguras, tanto en Venecia y en Inglaterra como en los Estados Unidos.

Juliana me había escuchado atentamente, en una inmovilidad absoluta, y aunque sólo podía ver la parte inferior de su rostro empolvado y rugoso, yo sentía clavada en mí su mirada penetrante. A pesar del largo proceso de resecamiento elaborado por los años, su semblante tenía una delicadeza que alguna vez debió de haber sido notable. Me la figuraba, en su lejana juventud, como una rubia de cutis maravilloso.

Cuando terminé de hablar permaneció un instante silenciosa y luego dijo:

—Si ama tanto los jardines, ¿por qué no se dirige a *terra ferma,* donde hay tantos infinitamente mejores que el nuestro?

—¡Es la combinación lo que me atrae! —repuse sonriendo. Y agregué, poniendo en mi acento una nota de fantasía—: Es la idea de un jardín situado junto al mar.

—Pero éste no está junto al mar. Apenas si puede verse el agua.

La miré asombrado, preguntándome si desearía verme convicto de engaño. Y protesté:

—¿Que no puede verse el agua, dice? Yo he llegado en barca hasta la misma puerta.

Comprobé su inconsecuencia, cuando me contestó con vaguedad:

—Si se posee una barca... Yo no la tengo. Han transcurrido muchos años desde que estuve por última vez en una góndola.

Pronunció la última palabra como si designara con ella un objeto lejano, sólo de oídas conocido.

—Constituiría para mí un enorme placer poner la mía a su servicio, se lo aseguro —respondí; y apenas hube terminado de hablar lamenté mi ofrecimiento como de dudoso gusto. Además, temí descubrirme al presentarme como demasiado anheloso, poseído tal vez de un motivo secreto... Pero la anciana continuó impenetrable. Me molestaba que ella tuviera de mí una visión más completa de la que yo podía tener de su persona.

No agradeció mi gentileza, hasta cierto punto extravagante, pero observé que la dama que me había atendido el día anterior, y que era su sobrina, podría quizá servirse de la góndola. En aquella oportunidad le había rogado deliberadamente que nos dejase a solas, pues tenía sus particulares razones para ello.

Volvió a sumirse después en su silencio, y yo me pregunté si debería aventurarme a hacer alguna mesurada observación en alabanza de su compañía. Por último me atreví a decir que me encantaría volver a ver a nuestra amiga ausente. ¡Había sido tan paciente conmigo!... Esta declaración provocó otro de los caprichosos comentarios de miss Bordereau.

—¡La he educado yo misma! ¡Posee unos modales excelentes!

Tentado estuve de replicar que ello explicaba el fácil encanto de la sobrina, pero me contuve a tiempo y la anciana prosiguió:

—Después de todo, poco importa quién pueda ser usted. Ni quiero saberlo. ¡Hoy día un nombre significa tan poco!

Supuse que ésta debía de ser la fórmula de despedida, y temí que sus próximas palabras fueran a indicarme el camino de la puerta. Sólo había accedido a recibirme, me dije, para proporcionarme el placer de contemplar el rostro de un monstruo de indiscreción. Por eso me sorprendió todavía más oírla añadir en su apagado gorjeo:

—Si me paga una buena suma, puede disponer de tantas habitaciones como desee.

Vacilé un instante, el tiempo suficiente para calcular lo que querría sugerir con esa condición precisa. Primero me impresionó como si hubiera previsto una cantidad realmente elevada, mas razoné inmediatamente que su idea de una suma importante no

estaría, probablemente, de acuerdo con la mía. Pero dudo de que mis cavilaciones estorbaran la celeridad de mi respuesta.

—Naturalmente, le abonaré lo que usted juzgue conveniente pedirme. Y por adelantado.

—De acuerdo. En ese caso, mil francos mensuales —dijo instantáneamente, mientras la engañosa visera verde seguía ocultando la expresión de sus ojos.

Advertí que mi lógica había fallado: la cifra era asombrosamente elevada. Según el criterio veneciano en tales alquileres, aquel precio resultaba exorbitante. En idénticas condiciones hubiera podido disfrutar entero, por todo un año, del más viejo y suntuoso palacio. Pero mi decisión fue rápida; estaba dispuesto a gastar en la medida que mis recursos me lo permitieran. Teniendo buen cuidado al hacerlo, de que no resultara dinero perdido, le pagaría la suma exigida con la sonrisa en los labios.

Por otra parte, de haberme solicitado una cantidad cinco veces mayor habría aceptado con igual premura, tan odioso me parecía estar allí regateando con la Juliana de Aspern. Ya era bastante absurdo tener con ella una cuestión de dinero. Le aseguré, en consecuencia, que sus pretensiones me convenían y que al día siguiente tendría el placer de entregarle en mano tres meses de alquiler. Ella recibió el anuncio con aparente complacencia, y sin acordarse de preguntarme si deseaba que me mostrase primero las habitaciones. Creo que ni siquiera se le ocurrió tal idea.

Acabábamos de cerrar nuestro trato cuando se abrió la puerta y apareció miss Tina en el umbral. En cuanto la anciana advirtió su presencia exclamó alegremente:

—¡Tres mil!... ¡Nos dará tres mil, mañana mismo!

La recién llegada volvió de uno a otro sus ojos pacientes. Luego profirió un suspiro.

—¿Tres mil francos?

—¿Dijo francos o dólares? —inquirió vivamente Juliana.

—Usted dijo francos —repuse cortés pero enérgicamente.

—Está muy bien —aprobó miss Tina, como si intentara disipar la situación embarazosa en que nos había colocado la pregunta de su tía.

—¿Qué sabes tú? No eres más que una ignorante —afirmó la anciana, sin acritud pero con una suave y extraña frialdad.

—En dinero sí, desde luego —se apresuró a admitir la sobrina.

—Estoy convencido de que cultiva usted otras ramas más interesantes del conocimiento —me tomé la libertad de intervenir. Me resultaba extremadamente penoso el giro que había tomado la entrevista y la discusión sobre francos y dólares.

—De joven tuvo una excelente educación. Yo misma me ocupé de ella —ponderó la vieja dama, y añadió en seguida—: Pero no ha aprendido nada desde entonces.

—He estado siempre a su lado —dijo miss Tina con dulzura, e indudablemente sin intención irónica.

—En efecto, ¡pero de no haber sido así...! —repuso su tía con mayor agudeza.

Indudablemente la anciana quería significar que, a no ser por eso, su sobrina nunca habría llegado a ser nada. Pero lo hiriente de la observación no pareció alterar a miss Tina, a pesar del rubor con que oyó su historia revelada a un extraño.

Cambiando súbitamente de tema, Juliana inquirió, dirigiéndose a mí:

—¿A qué hora vendrá usted mañana con el dinero?

—Al mediodía, si a usted le parece... Cuanto más temprano mejor.

—Yo no salgo nunca, pero tengo mis horas —me indicó, como si su conveniencia

personal no admitiera objeciones de ninguna clase.

—¿Se refiere a horas de visita?

—No; no recibo jamás. Pero le veré al mediodía, cuando traiga el dinero.

—De acuerdo. Seré puntual. —Y tras una breve vacilación añadí—: ¿Me permite estrechar su mano para sellar nuestro pacto?

Supuse que no resultaría inconveniente aquella pequeña formalidad. Aunque no podía afirmarse que Juliana Bordereau fuera en aquel entonces particularmente atractiva, sentía un deseo irresistible de tener un momento en mi mano la mano aquélla estrechada por Jeffrey Aspern, y presentía que no volvería a presentárseme otra ocasión semejante.

Pero comprendí que mi propuesta no encontraba camino fácil a su aprobación por su tardanza en responder. No hizo, sin embargo, ningún movimiento de rechazo, como yo a medias esperaba. Sólo dijo fríamente:

—En mis tiempos no se estilaban esas cosas; yo pertenezco a otra época.

Me sentí casi desairado y exclamé con forzado buen humor dirigiéndome a miss Tina:

—Usted servirá lo mismo para él caso.

Y le estreché la mano, mientras ella iniciaba una ligera reverencia.

—¿Traerá el dinero en oro? —se interesó la anciana cuando ya había alcanzado la puerta. La miré un momento.

—¿No le parece peligroso guardar una suma tan importante en la casa?

No se trataba de que me molestase su codicia, pero me impresionaba la disparidad entre tal tesoro y los escasos medios de que disponían para protegerlo.

—¿De quién podría tener miedo, a no ser de usted?

—¡Ah! —reí—. De acuerdo, le traeré oro y me convertiré en su protector.

—Gracias —respondió con dignidad, e hizo una inclinación de cabeza en señal de despedida.

Evidentemente, pensé, a la Juliana de Aspern me resultaría muy difícil embaucarla.

Miss Tina me siguió de nuevo a la sala y supuse que, puesto que su tía se había olvidado de sugerirlo, ella se disponía a reparar la omisión permitiéndome dar una ojeada al aposento que me destinaban. Pero no me lo ofreció: se quedó `simplemente mirándome con su sonrisa opaca, aunque no lánguida, y su gesto de joven torpe e irresponsable, cómicamente en desacuerdo con los rasgos marchitos de su figura.,/ Ella no era inválida como Juliana, pero sin embargo se me apareció como más profundamente incapacitada, porque su limitación era interior, lo cual no ocurría con la anciana.

Deseando pasar en su compañía el mayor tiempo posible, me afané por encontrar un tema de conversación.

—He tenido mejor fortuna de lo que esperaba —dije—. Su tía fue muy amable al recibirme. ¿Acaso intercedió usted en mi favor?

—Fue por el dinero.

—¿Lo sugirió usted?

—Yo sugerí que quizá pagara con largueza.

—¿Qué le hizo suponerlo?

—Me pareció usted rico.

—¿Por qué?

—No sé... Por su manera de hablar, tal vez.

—¡Válgame Dios! Entonces tendré que aprender a hablar de otro modo —repliqué—; lamento confesar que se ha equivocado.

—Bueno —insinuó—. Creo que en Venecia los *forestieri* suelen pagar grandes cantidades por cosas que, después de todo, no valen mucho.

Miss Tina hizo aquella observación con evidente ánimo de consolarme; como si deseara demostrar que, si había obrado atolondradamente, no era, por lo menos, el único en comportarme así.

Recorrimos juntos la enorme sala, y mientras yo admiraba su magnificencia le expresé mi temor de que no formara parte de mi *quartiere.* ¿Se encontrarían por casualidad mis habitaciones entre las que daban a ella?

—¡Oh, no! Va usted a vivir arriba, en el segundo piso —respondió, casi extrañada de que no conociera ya el lugar que se me había asignado en la casa.

—¿Es su tía quien lo ha dispuesto así?

—Por supuesto; ella desea que su departamento quede completamente independiente.

—Me parece muy acertado. —Y escuché respetuosamente sus instrucciones.

Me dijo que estaba en libertad de tomar todas las habitaciones que deseara; que había otra escalera, pero sólo desde el piso donde nos hallábamos, y que para pasar de allí al jardín, o para subir a mi alojamiento, debería atravesar el vestíbulo grande. Éste era un gran tanto a mi favor y presentí que constituiría el único lazo en mis relaciones con las dos mujeres.

Cuando solicité de miss Tina que me indicara el camino para visitar mis futuras dependencias, me contestó en un acceso de aquella timidez que caracterizaba su actitud con tanta frecuencia:

—Temo que no pueda encontrarlo solo. No veo cómo podría..., a menos que le acompañe yo.

Por lo visto, no se le había ocurrido antes hacerlo.

Subimos al piso superior y visitamos una larga serie de habitaciones vacías, la mitad de las cuales daban al jardín, y la otra mitad ofrecían, por encima de los toscos rejados, una vista a la laguna azul. Estaban muy polvorientas y acusaban un prolongado abandono, pero comprendí que gastando unos cientos de francos conseguiría poner tres o cuatro en condiciones habitables. El experimento me estaba resultando costoso: sin embargo cuando ya lo había hecho todo menos tomar posesión de la plaza, no iba a permitir que me perturbara semejante reflexión.

Cuando mencioné a mi compañera los escasos muebles y enseres que pensaba llevar, ella me contestó, con más precipitación que la acostumbrada, que podía hacer exactamente lo que deseara, como si quisiera darme a entender que sólo se tomaría el más discreto interés por mis asuntos. Sospeché que su tía la había instruido para que adoptara aquel tono, y puedo afirmar que en lo sucesivo llegué a distinguir perfectamente (según creo) los discursos de su propia cosecha de aquellos otros impuestos por la anciana.

No me presentó explicaciones o disculpas por las malas condiciones en que se encontraba la casa, sin duda porque no lo advertía siquiera. Su actitud debía interpretarse (¡desconsoladora idea!) como un signo de que Juliana y su sobrina eran personas poco pulcras, acostumbradas al nivel inferior de la vida italiana. Me era forzoso admitir, sin embargo, que no podía permitirme una actitud crítica después de haber forzado de tal modo mi admisión.

Puesto que no había nada que mirar adentro, y yo deseaba no obstante permanecer más tiempo allí, nos asomamos a las ventanas. Me interesé por diversos puntos del paisaje, pero en ningún caso demostró conocerlos; parecía evidente que miss Tina no

estaba familiarizada con los alrededores, como si no los hubiera contemplado desde hacía muchos años.

Durante todo el tiempo se había mostrado ensimismada, como preocupada por algo. De pronto dijo (y la observación dudo que le hubiese sido sugerida por su tía):

—No sé si esto cambiará su concepto de las cosas, pero el dinero es para mí.

—¿Qué dinero?

—El que usted nos traiga mañana.

—¡Va a conseguir que desee quedarme dos o tres años! —exclamé con la mayor benevolencia de que fui capaz, aunque empezaba a atacarme los nervios el hecho de que aquellas mujeres, tan íntimamente relacionadas con Aspern, volvieran a la cuestión económica con tal insistencia.

—¡Oh! Eso sería muy bueno para mí —contestó alegremente.

—¡Está usted apelando a mi honor!

Me miró como si no comprendiera, pero siguió diciendo:

—Mi tía desea dejarme en mejor situación. Dice que va a morir pronto.

—¡No muy pronto, espero! —me inquieté sinceramente.

Yo había considerado con frecuencia la posibilidad de que Juliana destruyera los documentos el día que sintiera próximo su fin, mas suponía que se aferraría a ellos hasta el último momento. Estaba convencido de que leía las cartas de Aspern todas las noches, de que las oprimía contra sus labios marchitos... Y hubiera dado una fortuna por tener un atisbo de ese ritual.

Me interesé por la salud de la anciana, y miss Tina me contestó que sólo estaba muy cansada, ¡tan extraordinariamente larga había sido su vida! Esto era lo que ella misma decía: deseaba morir para experimentar algún cambio. Además, todos sus amigos habían muerto hacía lustros, y si ellos se habían ido, también ella quería partir. Afirmaba a menudo que no estaba resignada a seguir viviendo.

—Sin embargo, la gente no muere cuando lo desea, ¿no es cierto? —observó miss Tina.

Me tomé la libertad de preguntarle por qué razón, si contaba entonces con dinero suficiente para mantenerse las dos, no quedaría más del necesario para ella sola el día que su tía faltase. Replicó, después de reflexionar un instante sobre tan arduo problema:

—Hasta ahora ella ha cuidado siempre de mí, y teme que cuando me quede sola no tenga bastante juicio para saber manejarme.

—Yo suponía que era usted quien cuidaba de ella. Temo que su tía sea excesivamente orgullosa.

—¡Cómo! ¿Ya lo ha descubierto usted? —se extrañó la buena mujer. Y en su tono atolondrado se percibía cierta alegre sorpresa.

—No he tardado mucho en descubrirlo. He estado encerrado allí con ella bastante tiempo, y me ha impresionado e interesado enormemente. Pero dudo de que quiera recibirme de nuevo.

—Tiene razón. No creo que quiera —admitió miss Tina.

—¿Sospecha usted que tiene alguna prevención contra mí?

La apagada expresión de mi interlocutora no se alteró al responder.

—No lo creo... Lo ha admitido con tanta facilidad...

—Pero su deseo de mantenerme apartado parece evidente —dije—. Se diría que tiene miedo, y me pregunto en qué sentido podría nadie aprovecharse de ella.

—Yo no debería decírselo aunque lo supiera, ¿no es cierto? —Y añadió sin darme tiempo a responder, con una sonrisa lastimosa—: ¿Le parece a usted que tenemos algún punto vulnerable?

—¿Cómo iba yo a saberlo? —me extrañé, y proseguí—: En caso afirmativo, sólo tendría que mencionarlo para que lo respetara religiosamente.

Me observó con aquel aire de tímida curiosidad, un poco ingenuo, que nunca la abandonaba.

—No hay realmente nada que contar. Vivimos en un enorme sosiego. Apenas puede decirse que vivamos; no sé cómo pasan los días, todos iguales...

—Me encantaría pensar que les traigo un poco de animación.

—¡Oh, no! ¡Todo está bien como está! Sabemos lo que nos conviene.

Deseaba ardientemente preguntarle muchas cosas más; me hubiese gustado saber cómo vivían en realidad, si tenían algunos amigos o visitantes, o conservaban aún relaciones en los Estados Unidos o en otros países. Mas tales tanteos los juzgué prematuros y decidí dejarlos para otra ocasión.

—Pero usted no es orgullosa como su tía —me limité a decir—. Le ruego que no se esconda demasiado de mí.

—Debo permanecer junto a ella —se excusó sin mirarme. Y en el mismo instante, bruscamente, sin ceremonia alguna de despedida, se alejó corriendo.

Cuando me quedé solo permanecí aún algún tiempo vagando por el caserón desierto, mientras reflexionaba sobre mi problema.

Me habían dejado prácticamente abandonado, pero me consolé pensando que, después de todo, un trato semejante revelaba confianza. Y ni siquiera la pequeña *serva* de las zapatillas se ocupó de mí.

IV

Seis semanas después, hacia mediados de julio, época en que mistress Prest solía abandonar la ciudad para librarse del calor veneciano, yo no había hecho todavía ningún progreso apreciable.

De modo que me vi obligado a confesarle que no había realizado ningún adelanto digno de mención. El principio había sido inesperadamente rápido, pero luego no había conseguido avanzar ni un paso más. Estaba a mil quilómetros de tomar el té con mis huéspedes, privilegio que habíamos dado por descontado al concebir nuestro proyecto.

Mi amiga me reprochó mi falta de audacia, a lo cual respondí que hasta para ser audaz es preciso tener una oportunidad; uno puede deslizarse por una brecha, pero no derribar una muralla. Malignamente, ella pretendió que la brecha abierta por mí era lo bastante grande como para permitir el paso de todo un ejército y me acusó de malgastar horas preciosas gimoteando en su salón, en vez de estar dirigiendo el ataque en el campo de batalla. Verdad es que iba a visitarla muy a menudo, en la esperanza de que me consolase por mi falta de éxito, y le expresé francamente mi desengaño en tal sentido, ya que no me satisfacía en absoluto el ser perpetuamente regañado por mi impericia. Por lo tanto me sentí casi feliz cuando mi sarcástica amiga cerró su casa.

Mistress Prest había esperado divertirse con el relato de mis relaciones con Juliana y Tina Bordereau, y se sentía visiblemente defraudada.

—Se quedarán con todo su dinero y no le mostrarán ni un pedacito de papel —

profetizó antes de abandonar Venecia—. Le llevarán a usted a la ruina.

Sea como fuere, creo que después de su partida me dediqué a mi empresa con renovado esfuerzo.

En realidad, hasta entonces no había tenido, salvo en una breve ocasión, ni un solo minuto de contacto con mis extrañas huéspedes. Y la excepción había ocurrido el día que les llevé, de acuerdo con mi promesa, los terribles tres mil francos. Aquel día encontré a miss Tina aguardándome en el vestíbulo, y tomó el dinero con una rapidez que significaba una prohibición de ver a su tía. La anciana había prometido formalmente recibirme, mas nada le importaba, al parecer, quebrantar su palabra.

El dinero estaba contenido en una maleta de considerables dimensiones que me había proporcionado mi banquero, y la pobre mujer debió realizar un gran esfuerzo para sostenerla.

La ocasión revistió cierta solemnidad, aun cuando yo tratara de presentar el asunto un poco en broma. Pero no estaba ella en plan de chanza, y con una claridad rayana en la agudeza, me preguntó, sopesando el dinero:

—¿No le parece demasiado?

A lo que me apresuré a responder que eso dependería de la cantidad de placer que obtuviera de él. Y dándose por satisfecha con mi explicación, se alejó vivamente de mí, como lo había hecho el día anterior, murmurando en un tono distinto de todos los que le hubiera oído hasta entonces:

—¡Placer! No existe ningún placer en esta casa.

No la volví a ver en mucho tiempo, y me sorprendió que nuestra cotidiana proximidad no favoreciera un encuentro. Resultaba evidente que ella estaba en guardia contra la casualidad, y por añadidura la casa era tan grande que no teníamos por qué cruzarnos. Yo solía buscarla, lleno de esperanza, cada vez que atravesaba la sala en mis idas y venidas; pero jamás fui recompensado siquiera con un vislumbre del vuelo de su vestido. Se hubiese dicho que no se asomaba nunca fuera de sus aposentos.

Me preguntaba qué podía hacer allí, día tras día, semanas tras semana, año tras año... Y no podía dejar de sorprenderme ante tan riguroso deseo de reclusión. Era más que una simple quietud: era el caso de dos criaturas perseguidas, de dos muertas en vida. Parecían no recibir visitas ni cultivar forma alguna de contacto con el mundo. Yo estaba convencido, por lo menos, de que ninguna persona hubiera logrado entrar en la casa, ni miss Tina salir de ella, burlando mi vigilancia.

Avergonzado, prometiéndome no reincidir, hice lo que más podía disgustarme conmigo mismo: interrogué a mi criado sobre los hábitos de las dos damas, permitiéndole además suponer que le agradecería cualquier información que pudiera conseguir al respecto.

Sin embargo, asombrosamente, obtuve poco, poco de un veneciano sagaz como él: donde se practica un perpetuo ayuno, pocas migajas quedan en el suelo. En cambio, en otros aspectos la habilidad de mi sirviente era satisfactoria, si bien menor de la que le había atribuido en mi primera entrevista con miss Tina. Había ayudado a mi gondolero a transportar una barca atestada de muebles, y cuando éstos fueron colocados en el piso superior del palacio y dispuestos convenientemente, organizó de una manera aceptable mi vida doméstica.

En resumidas cuentas, hacía que me sintiera tan cómodo como era posible, dada mi absoluta indiferencia en este sentido.

Hubiera convenido a mis planes que se enamorara de la criadita de mis patronas; o, por el contrario que la detestara. En cualquiera de los dos casos podía haberse desencadenado una catástrofe, y ésta habría conducido a alguna forma de parlamento con la anciana. Pero nada de eso podía suceder porque, según supe después, los sentimientos de mi criado estaban fijos en otro objeto. Se trataba de una moza de rostro empolvado, eternamente vestida de amarillo, que practicaba el oficio de ensartadora de abalorios (ornamentos que yo solía encontrar en el piso de mis habitaciones). La joven en cuestión debía de tener mucho tiempo disponible, porque visitaba a su novio a menudo, y se dedicaba celosamente a vigilar a la posible rival de la casa.

El que miss Bordereau no llegara a enviarme nunca recibo por mis tres meses de alquiler lo interpreté como una prueba de su resolución de no tener nada que ver conmigo. Tras esperarlo inútilmente algunos días, renuncié al fin a recibirlo, y gasté bastante tiempo preguntándome qué razones podía haber tenido para descuidar una formalidad tan usual y necesaria. Contra mi propio criterio de lo que hubiera sido correcto en aquella ocasión particular, y sacrificándolo a la intención de no causar molestias, deseché la idea de mandarle una nota para recordárselo. Si la anciana sospechaba en mí propósitos ulteriores, desconfiaría menos, sin duda, si me veía conducirme con indiferencia.

Me dije que quizá considerara ella su omisión como una impertinencia, como una clara ironía, destinada a demostrarme que era capaz de superar en astucia a la gente que intentara engañarla. Partiendo de esa hipótesis, era preferible no dejarle entrever que uno advertía sus pequeños ardides. Pero la verdadera clave del asunto, como descubrí después, era mucho más simple: deseaba destacar que mi presencia en la casa era un favor tan rígidamente limitado como libremente concedido. Me había otorgado una parte de su morada, mas no aumentaría la concesión ni siquiera con un pedacito de papel que llevara su nombre.

Aquella situación tenía, para mí, el encanto de lo excepcional; de modo que en los primeros días la actitud de miss Bordereau no me afligió demasiado. Me prometía un verano perfectamente de acuerdo con mi sensibilidad literaria, y la conciencia de jugar mi oportunidad era mucho mayor que la presunción de ser juguete de ella. Ningún negocio puede concluirse en la ciudad de los canales sin una buena dosis de paciencia, y puesto que adoraba la comarca, me propuse ajustarme a su espíritu haciendo acopio de tal virtud.

En mi soledad, desde aquel tranquilo rincón de Venecia, yo había invocado a Jeffrey Aspern, y él había acudido a mi conjuro. La figura inmortal del poeta; una figura revivida ahora e iluminada con toda la luz de su genio, rondaba a mi alrededor constantemente. Su brillante fantasma parecía haber vuelto a la tierra para asegurarme que miraba el asunto como propio, y para exhortarme a que lo solucionáramos fraternalmente; como si dijera:

—«¡Pobre Juliana! Trátala con dulzura. Tenía ciertos prejuicios comprensibles: concédele un poco de tiempo. Por extraño que te parezca, en 1820 era muy hermosa... Y entretanto, ¿acaso no estamos juntos en Venecia? ¿Qué lugar mejor podría encontrarse para dos amigos que se quieren? La ciudad resplandece con la potente luz del estío; mira el cielo y el mar, el aire, el mármol sonrosado de los palacios, ¡todo brilla y se confunde en el mismo resplandor!»

Mi intensa vida interior me conmovía de tal modo, que hasta experimentaba cierta mística solidaridad, cierta fraternidad de espíritu con todos los que habían vivido en el pasado al servicio del arte. Ellos habían trabajado por la belleza, profesado su culto; ¿y

qué otra cosa estaba haciendo yo? Todo lo escrito por Jeffrey Aspern era bello, y sólo trataba de sacarlo a la luz.

Solía permanecer más tiempo del necesario en el vestíbulo al entrar y al salir del palacio, y acechaba, hasta donde el decoro lo permitía, la puerta que daba a la parte de la casa habitada por Juliana Bordereau.

Un observador casual habría podido suponer que estaba tratando de obrar sobre ella algún sortilegio, o intentando alguna curiosa experiencia de hipnotismo.

Pero sólo estaba rezando para que se abriera, o imaginando los tesoros que debían de ocultarse detrás.

Cuando revivo aquellas horas, me parece singular no haber dudado nunca, ni por un momento, de que las sagradas reliquias se encontraran allí. Jamás dejé de sentir el gozo de hallarme bajo el mismo techo. Después de todo, las tenía al alcance de la mano; no se me habían escapado todavía, no se habían perdido, y por medio de ellas mi vida se enlazaba, en cierto modo, con la del ilustre poeta.

Me fascinaba esta ilusión hasta el punto de imaginarme —con absurda extravagancia— que también miss Tina retrocedía en el tiempo. Y la verdad era, sin duda, que la amable solterona era ya vieja, pero no tanto como para llegar hasta Jeffrey Aspern, a quien sólo había conocido de oídas, en la forma en que lo conocía yo mismo. Sin embargo, había vivido con Juliana años y años; había visto y tocado toda clase de recuerdos, y aunque fuese algo tonta, cierto esotérico conocimiento debió de irse insinuando en ella. Eso era lo que la anciana misma representaba: un conocimiento esotérico, y éste la idea con que mi corazón de crítico acostumbraba a extasiarse.

En las noches en que había salido, cuando me detenía con mi vela en el vestíbulo poblado de ecos, camino de mi dormitorio, mi corazón palpitaba más aprisa. En instantes así, animados por el silencio y después de la larga opresión del día, los secretos de miss Bordereau parecían vivir en el aire, y era más intenso el milagro de su supervivencia. Tales eran mis agudas impresiones y las experimentaba también durante las horas que permanecía sentado en el jardín, mirando por encima de mi libro las ventanas cerradas del primer piso.

Jamás aparecía un signo de vida en las ventanas aquellas, como si, temiendo mi indiscreción, las dos mujeres se hubiesen resignado a pasar sus días en la penumbra. Pero eso mismo acentuaba la presunción de que tuvieran secretos que esconder. Sus postigos inmóviles eran tan elocuentes como los ojos de Juliana, deliberadamente ocultos tras la verde visera.

Para justificar el cuadro que había trazado originalmente de mi pasión horticultora, hice cuestión de principio el permanecer tantas horas como me fuera posible en el jardín. Y no sólo perdía el tiempo, sino también (¡maldita sea!, como solía decir entonces) bastante dinero. No bien hube terminado de ordenar mis habitaciones hice inspeccionar el jardín por un hábil experto, y cerré trato con él para que me lo arreglara. Lamenté hacerlo, porque personalmente lo prefería tal como estaba con sus hierbajos y su maleza exuberante y silvestre, con su característica pobreza veneciana, tan dulce; pero quise mantener mi promesa de llenar la casa de flores. Además, se me había ocurrido la idea de obtener el éxito a través de ellas. Atacaría la ciudadela con lirios y rosas.

La aptitud veneciana para la negligencia es de las mayores del mundo; el jardín había sido, en realidad, absolutamente descuidado. Durante muchos días, una ilimitada cantidad de desechos fue todo lo que mi jardinero pudo exhibir como testimonio de sus servicios.

Cavó muchos hoyos, transportó mucha tierra, y después de algún tiempo llegué a sentirme tan impaciente, que a veces me tentó el deseo de mandar a comprar los «resultados» a la floristería más próxima. Pero me contuve al pensar que mis vecinas verían sin duda, a través de las rendijas de sus postigos, que la tierra no había empezado todavía a dar frutos. Dominé, pues, mi impulso, y por último, aunque el plazo fue largo, advertí ciertos signos de floración que bastaron para alentarme.

Entretanto llegó el verano; sus días transcurrieron lenta y plácidamente, y ahora, al evocarlos, me parecen los más felices de mi vida. Permanecía en el jardín durante las horas en que el calor no era excesivo: me había hecho arreglar la glorieta, y había mandado colocar en ella una mesa baja y un sillón. Allí llevaba libros y carpetas —siempre tenía entre manos alguna tarea literaria— y trabajaba y aguardaba, meditaba y esperaba, mientras las plantas bebían la luz del sol y el viejo palacio inescrutable palidecía bajo sus rayos, hasta que luego, cuando el día declinaba, empezaba a recobrarse y enrojecer. Y mis papeles susurraban mecidos por la brisa vagabunda del Adriático.

Me afanaba por imaginar qué místicos ritos de tedio celebraban las dos damas en sus habitaciones sombrías. No conseguía adivinar si éste había sido siempre el tenor de su existencia, y me preguntaba cómo, en los años precedentes, habían podido eludir todo trato con sus vecinos. Era presumible que hubieran poseído antes otros hábitos; que hubieran sido alguna vez jóvenes, o por lo menos de mediana edad. No tenían fin las preguntas que me formulaba acerca de ellas, ni las respuestas que no lograba encontrar. Yo conocía a muchos compatriotas en Europa y me eran familiares las extrañas manías que propendían a tomar aquí, pero aquellas dos mujeres constituían una especie completamente nueva del norteamericano expatriado. Por más que el título de norteamericanas había dejado de serles aplicable: me bastó el escaso tiempo pasado en la habitación de Juliana para cerciorarme de ello.

Por su aspecto resultaba completamente imposible deducir el origen de las señoritas Bordereau: habían borrado y olvidado hacía mucho tiempo toda señal o rasgo nativos. Nada había en ellas que pudiera ser reconocido o identificado, y aparte del idioma, se las hubiera podido tomar igualmente por españolas o noruegas. No en vano la anciana había vivido en Europa casi tres cuartos de siglo. De algunos versos que el poeta le había dedicado, en ocasión de su segunda ausencia de América (y cuya fecha Cumnor y yo habíamos logrado establecer con exactitud, después de infinitas conjeturas), se deducía que ella estaba ya entonces, muchacha a la sazón de veinte años, del lado extranjero del mar. En su poema Aspern indicaba —y espero que no fuese sólo literatura— que había atravesado el Atlántico por ella.

En realidad, carecíamos de información fidedigna sobre las circunstancias de Juliana en aquella época: como también ignorábamos todo lo relativo a su origen, aunque lo suponíamos modesto.

Cumnor sostenía la hipótesis de que había sido institutriz en una familia frecuentada por el poeta, y que a causa de su humilde situación hubo en sus relaciones, ya desde el principio, algo clandestino e inconfesado.

Por mi parte, yo me había encargado de fraguar una pequeña novela, en cuyo argumento era hija de un artista, pintor o escultor, quien se había trasladado a Europa en los albores del siglo para estudiar en las viejas escuelas. Resultaba esencial para mi historia que ese hombre bondadoso hubiera perdido a su mujer, hubiera sido pobre y fracasado y hubiera tenido otra hija, en todo diferente de Juliana. También era indis-

pensable que las dos jóvenes lo hubiesen acompañado a Europa y se hubieran establecido allí para el resto de su vida de lucha y de miseria. Yo estaba dispuesto a admitir que miss Bordereau hubiera tenido en su juventud un carácter perverso y temerario, aunque fogoso y fascinante.

¿Cómo había sido Juliana realmente? ¿Qué reserva de recuerdos había atesorado en su juventud para un futuro monótono? ¿Qué clase de aventuras y variados sufrimientos la habían hecho palidecer? ¿Por qué pasiones había sido consumida?

Sentado a la sombra de mi glorieta, mientras las abejas zumbaban entre las flores, gastaba apaciblemente mi tiempo entretenido en devanar teorías, en formularme preguntas cuyas respuestas quedaban en el aire... Era evidente que, equivocados o no, casi todos los lectores de los poemas de Aspern (no tan antiguos como los sonetos de Shakespeare y, a mi juicio, apenas menos sublimes) daban por seguro que Juliana no había seguido siempre el estrecho camino de la virtud. Revoloteaba en torno a su nombre un perfume de pasión impenitente que permitía la sospecha de que no había sido siempre una joven estrictamente respetable. ¿Era esto una señal de que su cantor la había traicionado, abandonándola, por así decirlo, a la posteridad? Sería difícil señalar un pasaje determinado en que su nombre sufriera mengua. Y, por otra parte, ¿no resultaba hermoso estar asociada a la fama de un inmortal poeta?

Mi hipótesis suponía también la existencia de un amante extranjero, y quizás un rompimiento trágico y poco edificante, antes del encuentro con Jeffrey Aspern. Ella había vivido con su padre y con su hermana en una extraña bohemia de artistas expatriados.

Sin embargo su pobreza contribuía a acrecentar el interés sentimental que me habían inspirado siempre las primeras evoluciones de mis compatriotas en Europa. En 1820 embarcarse tenía algo de romántico y casi heroico, en contraste con la sencillez de los continuos viajes contemporáneos.

En la época de las travesías largas e inseguras, miss Bordereau había viajado con su familia a bordo de un bergantín. Había vivido las emociones de las diligencias amarillas; había dormido en las posadas, soñado tal vez con las fabulosas historias contadas por algún viajero; y, al llegar a Roma, se había asombrado vivamente de la fastuosa elegancia de sus mujeres.

Mi imaginación volvía con insistencia a aquel período emocionante. Si Juliana había experimentado tales impresiones, naturalmente Jeffrey Aspern había hecho otro tanto, con mayor intensidad aún.

Para quien analice críticamente la obra del poeta, el hecho de que hubiera vivido en los albores del nuevo siglo resulta un factor importantísimo a tener en cuenta. Yo lamentaba que conociera Europa; me habría gustado leer lo que hubiese escrito privado de esa influencia, por otra parte enriquecedora. Pero puesto que su destino lo había dispuesto de otro modo, hube de resignarme y rehice sus pasos tratando de imaginar en qué sentido le habían impresionado sus viajes.

A pesar de todo, su propio país había poseído lo mejor de toda su vida; y su musa era esencialmente norteamericana.

Ésta había sido originariamente la causa de mi profunda admiración: que en una época en que nuestra tierra natal estaba en pleno período de formación y era tosca y provinciana; cuando la «clase» que, según dicen, le falta no se echaba ni siquiera de menos; cuando la literatura era algo extraño allí, y el arte y el estilo casi inexistentes, hubiera encontrado los medios para vivir y escribir como un precursor, para ser universal.

Admiraba, en fin, que hubiese sido capaz de sentirlo, de comprenderlo y de expresarlo todo libremente.

V

Generalmente, al anochecer solía abandonar el palacio. Había tenido que renunciar a trabajar en mi aposento porque la lámpara atraía indefectiblemente un enjambre de insectos dañinos, y el calor era excesivo para poder tener las ventanas cerradas. Por esa razón pasaba algunas horas, bien en los canales —los claros de luna venecianos son famosos por su belleza—, bien en la magnífica plaza que sirve de patio a la extraña y antigua iglesia de San Marcos.

En las noches de verano la *Piazza* es como un inmenso salón al aire libre. Yo me sentaba bajo las arcadas, frente al café Florián, y saboreaba una bebida helada mientras escuchaba música o charlaba con algún conocido.

La majestuosa basílica, con sus cúpulas aplastadas, sus complicados encajes arquitectónicos y sus maravillosas esculturas y mosaicos, aparecía fantasmal bajo el resplandor discreto de las estrellas. Y por entre las columnas gemelas de la *Piazzeta* —marco de una puerta desguarnecida— pasaba la suave brisa del mar.

En tales circunstancias recordaba a veces a mis retraídas huéspedes. Las compadecía, encerradas en sus habitaciones, que en el mes de julio, a pesar de su extraordinaria amplitud, debían de resultar sofocantes. Su vida parecía transcurrir a muchísimos quilómetros de San Marcos. Sin duda era demasiado tarde ya para hacer cambiar los arraigados hábitos de la anciana, pero a su pobre sobrina le habría encantado degustar un helado de Florián, estoy seguro, ¡y a veces sentí la tentación de llevárselo!

Mas por fortuna mi paciencia dio al fin sus frutos, y no me vi obligado a hacer una cosa tan ridícula.

Una noche, hacia mediados de julio, regresé más temprano que de costumbre. Apetecía estar al aire libre; la noche era cálida y agradable, y en lugar de subir a mi aposento me dirigí al jardín. Exhalaba un aroma exquisito... El mismo aroma que debió de conmover a Romeo cuando, de pie entre las flores, tendía los brazos al balcón de su dama.

Quizá Juliana —pensé—, en las noches de su lejana juventud, hubiera escuchado las inspiradas palabras de Jeffrey Aspern desde su ventana. Miré hacia el palacio: todo estaba silencioso y sombrío; miss Tina no era la musa de ningún poeta.

Distraído con estos pensamientos, tardé bastante en advertir que no estaba solo, como suponía. Sentada bajo una enramada, en un extremo del jardín, había una mujer.

Se me ocurrió que pudiera ser una criadita enamorada que se hubiera introducido furtivamente para acudir a una cita. Y ya iba a retirarme para no asustarla, cuando ella se irguió en toda su estatura, y reconocí a miss Bordereau. Experimenté una grata sorpresa, porque no tenía la más remota esperanza de encontrarla; mas debo hacerme justicia al declarar que tampoco deseaba que se asustase, y por mucho que hubiera suspirado por su compañía habría sido capaz de abandonar discretamente el jardín.

Supuse que tal vez, en mi ausencia, daba todas las noches un paseíto solitario, y sentía como si le hubiera tendido una trampa volviendo más temprano que de costumbre. Pero no era así, en verdad, porque yo no había tenido la menor sospecha de ello.

En el primer momento temí que sus palabras fueran una expresión de impaciencia por

mi intempestiva llegada; sin embargo, tuve la sorpresa de oírla exclamar:

—¡Ah, qué contenta estoy de que haya venido!

Tanto ella como su tía poseían el don de decir siempre lo más imprevisto.

Salió precipitadamente de la glorieta, casi como si fuera a arrojarse a mis brazos. Me apresuro a añadir que escapé de tal prueba y que miss Tina ni siquiera me estrechó la mano.

Para ella era un alivio verme, y en seguida me explicó por qué: se sentía nerviosa cuando estaba de noche fuera y sola. Las plantas y los arbustos parecían muy extraños en la oscuridad y se oían toda clase de sonidos misteriosos, que no podía identificar, semejantes a gritos de animales.

Comprendí entonces cuán poco habituales debían de ser en ella los vagabundeos nocturnos, y recordé también —ya me había afligido comprobarlo en una de nuestras primeras conversaciones— que su simplicidad excedía a toda ponderación.

—Habla como si se hubiera perdido en el fondo del bosque —repuse riendo—. Me pregunto cómo consiguen mantenerse alejadas de este delicioso lugar, cuando sólo tres escalones las separan de él. Se esconden misteriosamente mientras yo estoy en la casa; lo sé. Pero esperaba que se asomaran un poco cuando salgo al atardecer. Usted y su pobre tía parecen monjas carmelitas en sus celdas. ¿Querría explicarme cómo pueden vivir sin aire, sin sol, sin ejercicio, sin ninguna especie de contacto humano...? No comprendo ni cómo realizan las tareas más comunes.

Me miró como si le hubiera estado hablando en un idioma extranjero.

—Nos acostamos muy temprano; más temprano de lo que podría imaginar —dijo.

Estaba a punto de hacerle notar que su afirmación sólo ahondaba el misterio de sus vidas, cuando ella agregó:

—Antes de llegar usted vivíamos tan distanciadas del mundo... Pero de todos modos nunca he salido de noche.

—¿Nunca se le ocurrió escapar al calor de sus aposentos, refugiándose aquí?

Miss Tina negó con la cabeza, pero no dijo nada. —¿No la cautivan esos caminos perfumados? —me extrañé.

—¡Ah! —contestó ella—. Ahora sí. Mas antes nunca fueron bellos.

Eso era ya más amable y encerraba una comparación halagadora para mis desvelos; y decidí aprovechar la ventaja preguntándole por qué, si el jardín le parecía hermoso, nunca me había agradecido de ninguna manera las muchas flores que le había estado mandando en las tres semanas anteriores. Sin desalentarme había seguido enviando, según ella había podido comprobar, un ramillete diario; pero yo había sido educado en las costumbres corrientes, y una sola palabra de gratitud, de cuando en cuando, me habría complacido mucho.

—¡Cómo! ¡Pero yo no sabía que eran para mí!

—Eran para las dos. ¿Por qué había de hacer alguna diferencia?

Entonces se quedó reflexionando como si buscara, sin encontrarla, alguna razón para ello; y en lugar de contestar, preguntó bruscamente:

—¿Qué motivo tiene usted para desear tanto conocernos?

—Esa pregunta es de su tía —repliqué—, no suya. Usted no la haría si no se la hubiera sugerido.

—No me dijo que la hiciera —contestó sencillamente, sin mostrar confusión.

—Bueno... Pero es evidente que ella desconfía de mí. Se habrá preguntado a menudo

cuáles pueden ser mis ocultas intenciones, y sin duda le ha comunicado su perplejidad. Supongo que ha insistido en el asunto hasta meterle en la cabeza la idea de que soy insoportablemente entrometido.

Miss Tina no lo negó, y yo proseguí:

—Y no comprendo esa actitud; palabra de honor que creo haberme mostrado sumamente discreto. ¡Cómo debe de haber perdido su tía toda tradición de sociabilidad para ver algo insólito en el hecho de que dos personas inteligentes y respetables, que viven como nosotros bajo el mismo techo, cambien de vez en cuando alguna observación ocasional! ¿Hay algo más lógico? Somos del mismo país y tenemos por lo menos algunos gustos comunes, ya que, a semejanza de usted, estoy profundamente enamorado de Venecia.

—Yo no estoy, en absoluto, enamorada de Venecia. Me gustaría irme muy lejos —afirmó la pobre mujer rápida y nerviosamente. Su atención parecía haber quedado prendida únicamente en mi última frase.

—¿Siempre la ha tenido tan sujeta? —proseguí, para demostrarle que era capaz de pasar de un sujeto a otro tan volublemente como ella misma.

—Esta noche me dijo que saliera, me lo dice con frecuencia... —explicó miss Tina—. Pero no me gusta dejarla sola.

—¿Se siente ella muy débil? ¿Está, en realidad, decayendo? —pregunté con más emoción, según creo, de la que me convenía revelar.

Comprendí que mi fervoroso interés por la anciana la había puesto en guardia, y su mirada interrogante me turbó un poco. Intentando darle otro giro a la conversación le sugerí animadamente:

—Sentémonos en alguna parte y me lo explicará.

Ella no opuso resistencia; y elegimos un banco menos escondido, menos confidencial que el de la glorieta.

Todavía estábamos allí, en amigable charla, cuando oímos dar las campanadas de la medianoche: esas claras campanadas que vibran en Venecia sobre la laguna y conmueven mucho más que en cualquier otra parte.

Permanecimos juntos más de una hora, y a mi entender, nuestra entrevista dio un gran impulso a mi empresa. Mi compañera había aceptado la situación sin una sola protesta. Me había rehuido durante tres meses, y me estaba tratando, no obstante, como si aquel tiempo pasado bajo su mismo techo nos hubiera unido en cierto modo. Hubiera podido suponerse que, aun evitándome, se había acostumbrado a pensar en mí y me consideraba ya como a un viejo amigo.

Habló libremente, respondiendo a mis preguntas y formulándolas a su vez, sin aprovechar las pausas —como temía— para expresar su deseo de volver a la casa. Se hubiese dicho que estaba esperando algo..., algo que yo debía decirle, y que se proponía darme la oportunidad.

Me impresionó vivamente enterarme de lo mal que se había sentido Juliana durante los últimos días. Estaba visiblemente más débil y en algunos momentos le abandonaban en absoluto las fuerzas; sin embargo, según me aseguró miss Tina, exigía más imperiosamente que nunca que se la dejase sola. Esa era la razón por la que la había invitado a salir aquella noche, no permitiéndole siquiera permanecer en su propia habitación, situada al lado de la suya, tachándola de ser una molestia, un fastidio y un motivo para que se sintiera peor.

La anciana se quedaba ahora inmóvil durante horas enteras, como sumida en un pesado letargo. Ya antes solía hacerlo, soñando y meditando, pero en tales ocasiones había dado siempre un signo de vida de vez en cuando, y no le disgustaba la presencia de su sobrina.

Además, la enferma apenas probaba bebida o alimento alguno: era dificil explicarse de qué vivía. Y lo curioso es que se levantaba aún casi diariamente; la dificultad estribaba en vestirla y sacarla de su dormitorio. Porque se aferraba a sus antiguos hábitos cuanto le era posible; y siempre, por pocas visitas que hubiera recibido en los últimos años, insistía en sentarse en el salón.

Por mi parte, apenas lograba comprender todo aquello. La repentina conversión de miss Tina a la sociabilidad, y la extraña actitud de la anciana, más reacia a que se ocuparan de ella cuanto más se acercaba su fin, me daban mucho que pensar.

La conversación se prolongaba, monótona, y hasta llegué a sospechar si no sería acaso una trampa, si no respondería a un plan preconcebido para obligarme a descubrir mi juego. Pero por otro lado, resultaba inconcebible que mis queridas amigas (y sólo por cortesía podía aplicárseles este nombre) trataran de tender una zancadilla a un huésped tan lucrativo. Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, me mantuve en guardia para no dar oportunidad a miss Tina de que me preguntase de nuevo cuáles eran en realidad mis intenciones. En cuanto a las de ella, ¡pobre mujer!, ya sabía yo, incluso antes de separarnos, a qué debía atenerme: no tenía ninguna en absoluto.

Cuando dejó de preguntarse sobre mis ocultas intenciones, se mostró más locuaz de lo que hubiera podido esperar. No tuve necesidad de ser indiscreto, porque hablaba por el mero placer de evocar sus recuerdos y ser escuchada, casi sin ocuparse de mí.

Me describió emocionadamente la vida que había llevado en Venecia años atrás, calificándola de brillante. Dijo que no pasaba entonces una semana sin que recibieran alguna visita; daban frecuentes y agradables *passeggi* por la ciudad; habían admirado todas las curiosidades, ¡e incluso habían llegado en barco hasta el Lido! (y yo me pregunté, sonriendo con ternura, si acaso suponía que existía alguna manera de ir a pie).

—En cierta ocasión —prosiguió— celebramos una pequeña fiesta campestre y comimos sobre el césped. Habíamos llevado todas las provisiones en tres grandes cestas.

Inquirí qué clase de personas constituían entonces sus relaciones, y me respondió:

—¡Ah, gente bonísima! El *cavaliere* Bombacci y la *contessa* Altemura, con quienes nos había unido una estrecha amistad. Y también algunos ingleses: los Churton, los Goldies y mistress Stock-Stock, a quien quisimos tiernamente... ¡La pobre ya no existe!

Igual destino había sufrido casi todo su amable círculo (tal era la expresión que empleó miss Tina). Sólo habían quedado unos pocos, dijo, y mencionó los nombres de dos o tres viejas venecianas; de cierto doctor, muy inteligente, que era «tan amable» que iba a visitarlas y las reconocía en calidad de amigo, porque no ejercía ya su profesión, y del *avvocato Po*chinesta, que escribía poemas muy hermosos y le había dedicado uno a su tía.

Todas esas personas iban a verlas infaliblemente en ocasión del *capo d'anno, y* desde muy antiguo la anciana acostumbraba hacerles pequeños obsequios, en nombre de las dos. Cositas que ella, Tina, confeccionaba con sus propias manos: pantallas de papel para las lámparas, carpetitas de cartón decorado o algunas prendas de lana. Pero en los últimos tiempos no había habido apenas regalos; a ella no se le ocurría ya qué fabricar y su tía había perdido el interés y no le sugería nada. Sin embargo la gente acudía igualmente a

visitarlas. Cuando los buenos venecianos simpatizan con alguien es para siempre.

Resultaba bastante conmovedora la sencillez, exenta por completo de malicia, con que hizo ese esbozo de sus pasadas glorias. La excursión al Lido, por ejemplo, había conservado su frescura a través del tiempo. Y la pobre mujer estaba convencida de haber tenido una juventud muy agitada e interesante.

El hecho es que había vivido en aquel mundo de los salones venecianos, cuya sociedad, amable y tranquila, tan propensa era a la murmuración y a la sátira. Y advertí por primera vez cómo había adquirido, por contagio, la charla dulce y casi infantil de la región. Comprendí que había llegado a identificarse con la ciudad por la facilidad con que acudían a sus labios nombres de cosas y personas de significado puramente local. Mas su tía se había retirado del mundo hacía mucho tiempo y ella había sido incapaz de actuar en sociedad, o al menos de mantener su trato sola.

Los recuerdos de aquella mujer parecían muy antiguos. Tanto, que de pronto se me ocurrió figurármela en la extraña Venecia rococó de Goldoni y Casanova; pero no..., su acento era demasiado recatado. Me la podía imaginar, sin embargo, como una contemporánea de Jeffrey Aspern, ¡tan poca afinidad tenía con nuestra época!

No obstante yo sabía muy bien que era tan imposible una cosa como la otra: miss Tina no había conocido al poeta, y era posible, incluso, que ni siquiera hubiera oído nunca hablar de él. Bien pudiera ser que Juliana no hubiera descorrido ante sus ojos inocentes el velo que cubría el templo de su gloria. En tal caso, quizás ignorara la existencia de los documentos; y la presunción me regocijó, porque me hacía sentirme más tranquilo frente a ella. Mas luego recordé que la carta de rechazo recibida por Cumnor era de su puño y letra; y aun cuando le hubiera sido dictada, y por mucho que su objeto hubiese sido repudiar toda posible relación con Aspern, conocía al menos la existencia (verdadera o supuesta) de las cartas y papeles. De todos modos, me siguió pareciendo probable que no hubiera leído nunca ni una línea de la obra del poeta.

Miss Tina se levantó al dar las doce, pero todavía paseamos un buen rato por el jardín antes de que ella se decidiera a detenerse ante la puerta de la casa.

—¿Cuándo volveré a verla? —le pregunté antes de que entrara.

Me contestó que quizá saliera la noche próxima. Aunque quizá no pudiera, añadió precipitadamente, porque estaba muy lejos de hacer siempre su voluntad.

—Procúrelo —le rogué—. Me complacería mucho.

—¡Oh, no le creo! —murmuró mirándome francamente a los ojos.

—¿Por qué no?

—Porque no le comprendo.

—Ésta es precisamente una de las ocasiones en que hay que tener fe.

No pude decir más, aunque lo hubiera deseado, porque comprendí que la estaba engañando, y no quería tener sobre mi conciencia la culpa de fingirle amor. Que no otra cosa habría parecido el hecho de seguir rogando a una dama que «creyera en mí» en un jardín italiano, y en una noche de estío.

Mis escrúpulos eran hasta cierto punto fundados, porque miss Tina retrasaba visiblemente el momento de partir. Suponía, sin duda, que no le sería posible volver a salir pronto, y en consecuencia deseaba prolongar aquellos momentos. Insistía, además, en dar a la conversación un tono personal e íntimo. Y yo me dije, para tranquilizarme, que su extraño proceder se debía solamente a que era una mujer muy ingenua y considerablemente tonta.

—Me gustarán más las flores, ahora que sé que también son para mí.

—¿Cómo pudo dudarlo? Si me dice cuáles prefiere, en adelante lo tendré en cuenta.

—¡Oh, me gustan todas!

Y tras una breve pausa prosiguió, inquiriendo familiarmente:

—¿Se pondrá usted a estudiar, a leer o a escribir, cuando suba a sus habitaciones?

—No lo hago nunca en esta estación. La lámpara atrae muchos insectos.

—¿Y en invierno trabaja de noche?

—Leo mucho, pero no escribo con frecuencia.

Me escuchaba como si tales pormenores tuvieran para ella un gran interés. Y de pronto surgió en mí, a la vista de aquel rostro simple y bondadoso, una tentación absolutamente incompatible con la extrema prudencia que había observado hasta entonces. ¡Oh, sí! Podía contar con ella. Por momentos sentía que me era imposible seguir esperando; que en realidad me era preciso un sondeo. De modo que proseguí hablando:

—Por lo general antes de acostarme leo un poco de poesía. Y es una mala costumbre, lo confieso, pero a menudo sigo leyendo en la cama.

—¿Poesía...?

—Sí; casi siempre de Jeffrey Aspern.

Escruté su expresión mientras pronunciaba ese nombre, y no advertí que se hubiese alterado lo más mínimo. ¿Y por qué tendría que haberse inmutado? ¿Acaso Jeffrey Aspern no pertenecía a todo el género humano?

—¡Ah! Nosotras también lo leemos. Lo leíamos... —respondió serenamente.

—Para mí es el poeta de los poetas. Lo conozco casi de memoria.

Miss Tina titubeó un segundo antes de decidirse a hablar

—¡Oh, de memoria! Eso no significa nada —dijo al fin—. Mi tía lo conoció... Lo conoció personalmente.

Hizo una breve pausa. Yo me preguntaba, anhelante, qué iría a decir después.

—Solía visitarla —concluyó.

—¿Visitarla? —pregunté, procurando que mi voz no delatase mi emoción.

—A veces iba a buscarla y la llevaba a pasear.

La miré con asombro.

—¡Pero Aspern murió hace cien años!

—Bueno —replicó humorísticamente—, pues mi tía tiene ciento cincuenta.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijo antes? ¡Me gustaría tanto preguntarle algunas cosas de él!

—No le dirá nada. Se negará, incluso, a recibirle —aseguró.

—Pero... Debe hacerlo... Es una oportunidad que no puedo desperdiciar.

—¡Oh, debió usted venir hace veinte años! En aquella época todavía hablaba de él.

—¿Y qué decía?

—No sé... Que la había amado locamente.

—¿Y ella a él? ¿No le amó ella, acaso?

—Decía que era un dios.

Me estremecí profundamente. El tono de mi interlocutora era perfectamente trivial; sin embargo, sus palabras me causaron una honda impresión.

—¡Parece un sueño! —murmuré. Y luego—: Dígame, conserva la anciana algún retrato de Aspern? Desgraciadamente son muy escasos.

—¿Un retrato? No sé —contestó. Y leí cierto desconcierto en sus ojos—. Bueno, buenas noches —agregó, y volviéndose, entró precipitadamente en la casa.

La acompañé por el ancho corredor de mármol, iluminado tan sólo por la lamparilla que me dejaba mi criado todas las noches sobre la mesa; una vela apagada, llevada al parecer por miss Tina, estaba a su lado.

—Buenas noches —contesté, aguardando a que ella alumbrara su vela en mi lámpara.

—Si conservara uno, usted no podría ignorarlo, ¿no es cierto?

—¿Si conservara qué? —preguntó mirándome de un modo extraño por encima de la llama de su vela.

—Un retrato del dios. Daría cualquier cosa por verlo.

—No sé si tiene o no tiene... Mi tía guarda sus cosas bajo llave.

Parecía algo preocupada, como si temiera haber dicho demasiado. Y cuando se dirigió a la escalera no intenté retenerla.

Yo no podía concebir que Juliana mantuviera oculto un tesoro tan glorioso como aquél; un objeto que cualquiera se enorgullecería de poseer y de colgar en lugar bien visible, probablemente en una de las paredes del salón. Deduje, por lo tanto, que no debía tener ningún retrato.

Miss Tina ya había empezado a subir la escalera, pero se detuvo de pronto y se volvió a mirarme.

—¿Es usted escritor? ¿Lo es? —inquirió con voz temblorosa.

—¿Que si soy escritor? ¡Oh, no hable usted de mí el mismo día que hemos hablado de Jeffrey Aspern!

—Está escribiendo sobre él ¿Indagando su historia?

—¡Ah! Esa pregunta es de su tía, no lo puede negar —protesté.

—Razón de más para que la conteste. ¡Hágalo, por favor... !

Creía estar preparado para mentir tranquilamente; mas la verdad es que, llegado el momento, vacilé...

Por otra parte, me dije que representaría un gran alivio ser franco con aquella mujer; presentía que, en el peor de los casos, no me volvería la espalda. De modo que, tras un instante de vacilación, respondí:

—En efecto. He escrito sobre él y estoy buscando más material. ¡Se lo ruego!, ¿tienen ustedes algo?

—*Santo Dio!* —exclamó, cubriéndose la boca con la mano; y precipitándose escaleras arriba, desapareció de mi vista.

No me desanimé por su huida. Estaba convencido —(fatuamente tal vez)— de que podría contar con ella. Pero por el momento estaba visiblemente alarmada, y la prueba fue que volvió a esconderse y durante las próximas semanas no conseguí verla de nuevo.

Al fin, agotada mi paciencia, ordené a mi jardinero que suspendiera los «tributos florales» a las *signore.*

VI

Finalmente, una tarde, cuando bajaba de mi aposento para salir, encontré a miss Tina en la sala. No fingió hallarse allí por casualidad, era demasiado simple para emplear tales ardides.

—Le estaba esperando —se apresuró a manifestarme apenas aparecí.

Y a continuación me informó de que su tía deseaba verme; podía acompañarme a su habitación en seguida, si yo disponía de tiempo. Le expresé vivamente que me encantaría poder presentar mis respetos a la anciana. ¡Aunque hubiera llegado tarde a una cita amorosa, me habría retrasado con gusto para tal objeto!

—Quiere hablar con usted... —dijo sonriendo, como si ella misma se asombrara de sus palabras.

La miré con cierta curiosidad.

—Significa para mí una gran satisfacción y un gran honor que acceda a recibirme —le aseguré—. Pero, de todos modos, me gustaría conocer el motivo de su repentino cambio de actitud. Me consta que, habitualmente, ni siquiera tolera mi proximidad.

—¡Oh, mi tía cambia fácilmente! —me contestó—. ¡Esto es tan terriblemente aburrido!

—Sin embargo, recuerdo que me dijo que en los últimos tiempos deseaba estar sola.

La pobre mujer se ruborizó. Supongo que debió de encontrarme demasiado agresivo.

—¡Le aseguro que quiere verle! —exclamó—. ¡No pensará que me lo haya inventado yo! Ya sabe lo caprichosas que son a menudo las personas muy viejas...

—¡Pero si la creo! En realidad, sólo deseaba preguntarle si le había repetido usted lo que le conté la otra noche.

—¿Lo que me contó?

—Sí, acerca de Jeffrey Aspern.... y de que andaba investigando su vida.

—Si lo hubiera hecho no le habría mandado llamar —repuso; y parecía extrañada de que me cupiera la menor duda al respecto.

Me condujo hasta el aposento de su tía.

—No le he dicho nada.

Juliana estaba sentada en el mismo sitio de la otra vez, en la misma actitud y con la misma visera engañosa sobre los ojos. Su saludo consistió en volver hacia mí la cabeza, para demostrarme que se había apercibido de mi presencia, pero se mantuvo en silencio.

No me adelanté para estrechar su mano; recordaba muy bien que aquel privilegio había quedado descartado para siempre en nuestra anterior entrevista. Había sido proscrito con suficiente rigor: era demasiado venerable para ser tocada.

Había algo tan torvo en su aspecto (en parte a causa de la visera verde) mientras permanecía inmóvil observándome, que en el acto cesé de dudar de que sospechara de mí. No. Aunque su sobrina no me hubiera traicionado, y de esto no me cabía la menor duda, su certero instinto no podía engañarla; había estado dándole vueltas y más vueltas a mi caso en las largas horas de soledad y silencio, y lo había adivinado todo. Y lo peor era que se me antojaba perfectamente capaz, en un aprieto, de quemar, como Sardanápalo, su tesoro.

Miss Tina me acercó una silla diciéndome:

—Aquí estará usted cómodo.

Cortésmente, me interesé por el estado de salud de la anciana, expresándole la esperanza de que fuera excelente a pesar de la tórrida temperatura veneciana. Me contestó que se encontraba bastante bien, y que ya era una gran cosa estar viva.

—Aunque mi vida no merece la pena —concluyó.

Y añadió al cabo de un momento:

—Si la comparara... Hace mucho que habría renunciado a todo.

Me complací en interpretar sus palabras como una sutil alusión a los maravillosos

tiempos vividos cerca de Jeffrey Aspern, aunque una alusión semejante no hubiera estado en realidad de acuerdo con la intención que yo le atribuía de conservar su recuerdo sepultado en el fondo de su alma. Con lo que sí estaba de acuerdo, en cambio, era con mi certidumbre de que ningún ser humano había poseído jamás un interés más fascinante que el poeta; lo cual implicaba que no existía en el mundo, después de haberle tratado, otro tema digno de mención.

Miss Tina estaba sentada al lado de su tía, y nos miraba como si tuviera razones para creer que nos disponíamos a entablar una conversación interesantísima.

—Quiero agradecerle sus hermosas flores —prosiguió Juliana, cambiando de tema—. ¡Nos manda usted tantas! Debería haberlo hecho antes, pero no escribo cartas y sólo recibo muy de tarde en tarde.

No se había dignado manifestarme gratitud alguna mientras las flores habían llegado puntualmente, pero se había salido de sus costumbres hasta el punto de mandarme llamar en cuanto empezó a temer que no las volvería a recibir. Me regocijó íntimamente con la feliz idea que había tenido al suspender mi tributo. Ella lo había echado de menos y estaba dispuesta a hacer una concesión para recuperarlo. Al primer signo de tal concesión sólo me cabía adelantarme para asegurarle:

—Temo que no hayan recibido muchas últimamente, pero repararé mi descuido en seguida.

—¡Oh, mándenos algunas esta misma noche! —exclamó miss Tina, como si se tratara de algo de vital importancia.

—¿Qué otra cosa podría usted hacer con ellas? No resulta un gesto muy masculino convertir su habitación en una glorieta —observó la anciana.

—Soy extraordinariamente aficionado a cultivar flores y a observarlas —me justifiqué—. No hay nada afeminado en ello. Ha sido la distracción de los filósofos, de los estadistas retirados, y hasta de los grandes capitanes, según creo.

—No ignorará que podría vender las que no emplee, supongo —siguió diciendo Juliana—. Dudo que le dieran mucho por ellas, pero quizá fuera un negocio, después de todo.

—¡Oh!, nunca he hecho un buen negocio en mi vida, como usted habrá deducido bastante bien. Mi jardinero dispone libremente de ellas y yo no le pido cuentas.

—¡Yo le pediría algunas, se lo aseguro! —replicó, y una suave risa escapó de su garganta.

Era la primera vez que la oía reír, y me impresionó vivamente; se hubiese dicho que el pálido fantasma errante de su juventud había hecho de pronto una cabriola. Pero me molestaba comprobar que la idea de un posible provecho pecuniario fuera la única emoción capaz de conmover todavía a la divina musa de Aspern.

—Baje usted misma al jardín y corte todas las flores que quiera. Vaya todas las veces que guste... Vaya todos los días. Las flores son para usted —ofrecí, dirigiéndome a miss Tina, procurando dar a mis palabras un tono festivo e inocente—. No puedo concebir por qué no lo hace —añadí, a beneficio esta vez de su tía.

—Debe usted llevarla. Venga a buscarla y llévela —invitó la anciana, con gran satisfacción por mi parte—. Esa cosa rara que ha hecho construir en una esquina le vendrá muy bien para ir a sentarse algunas horas.

Su despectiva alusión a la mejor cuidada de mis enramadas, una especie de cenador improvisado, confirmaba mi anterior impresión: había cierta nota de impertinencia en sus

palabras; un eco de la audaz sutileza de su juventud aventurera, que había sobrevivido a través del tiempo. Pero a pesar de ello pregunté:

—¿No le apetecería bajar a usted también? ¿No le haría bien sentarse allí, a la sombra, en el aire perfumado?

—¡Ah! ¡Cuando yo me mueva de aquí no será para ir a sentarme al aire libre! Temo que el aire que entonces se agite a mi alrededor no sea especialmente perfumado... Se habrá hecho una sombra profunda, por cierto... Pero eso no ocurrirá, todavía —añadió agudamente, como para eliminar cualquier esperanza que el vislumbre de su próximo fin hubiera podido inspirarme en relación a su tesoro—. Llevo sentada aquí muchos años. ¡Bastantes glorietas he disfrutado en mis tiempos! Sin embargo, no me asusta la perspectiva de esperar hasta que me llamen.

Miss Tina había estado prometiéndose, como yo adivinaba, una conversación entretenida; pero quizás ésta fuese menos amable de lo que había esperado de Juliana, considerando que me habían mandado llamar con una intención de cortesía. Entonces, como para dar a la entrevista un giro que mostrase a su tía bajo una luz más favorable, me recordó:

—¿No le conté la otra noche que ella misma me había ordenado salir? Ya ve que estoy en libertad de hacer lo que quiera...

—¿Usted la compadece.... o le enseña a compadecerse? —preguntó la anciana, y, sin darme tiempo a responder, siguió diciendo—: Su vida es mucho más fácil de lo que era la mía a su edad.

—¡Ah! Pero yo diría que es usted casi de otro mundo —no pude evitar replicar.

—¿De otro mundo? Así solían llamar los poetas a las mujeres, hace cien años. No trate de imitarlos, no le saldría tan bien. Ya no hay poesía en el mundo..., que yo sepa al menos —respondió, y me sorprendió gratamente el tono anticuado y artificioso de sus palabras—. Mas no quiero seguir, ¡me hace usted charlar, charlar, charlar! Esto no es nada bueno para mí.

Me puse entonces en pie, manifestándole que no deseaba robarle más tiempo. Pero ella me retuvo con un gesto.

—¿Recuerda que el día que vino por el asunto de las habitaciones me ofreció su góndola?

Yo asentí, impresionado de nuevo por su repentina disposición amistosa y preguntándome qué se propondría.

—¿Por qué no saca a pasear de vez en cuando a esta muchacha y le hace conocer la ciudad?

—¡Oh, querida tía! ¿Por qué quiere que vaya? —gritó la «muchacha», presa de un lamentable temblor—. ¡Ya conozco toda la ciudad!

—Bien, en tal caso, ve con él y explícale sus particularidades —dijo Juliana poniendo una nota de crueldad en su implacable poder de réplica. Y esto la reveló como una vieja sarcástica y puntillosa—. ¿No hemos oído decir que se han producido grandes cambios en estos últimos años? Deberías verlos. Y a tu edad, ¡y no quiero decir que seas joven!, también deberías tratar de aprovechar todas las oportunidades. Ya no eres una niña, querida mía, y este caballero no te hará ningún daño. Te mostrará las famosas puestas de sol, si es que aún existen... ¿Existen aún? Para mí, el sol se puso hace ya mucho tiempo... Mas éste no es un motivo para que tú no vayas; por otra parte, yo no te echaré de menos. Te crees demasiado importante.

Turbada y llena de desconcierto, miss Tina se había puesto de pie. Mientras ambos permanecíamos frente a la anciana, me dije que un espectador indiferente habría podido pensar que ésta se estaba divirtiendo con nosotros, sometiéndonos a un extraño juego.

—Llévela a la *Piazza;* solía estar muy concurrida —prosiguió dirigiéndose a mí—. ¿Qué han hecho de la vieja iglesia? Espero que no se haya derrumbado. Hágale ver las tiendas; puede llevar algún dinero y comprar lo que desee.

Miss Tina expresó su protesta con confusas exclamaciones y murmullos incomprensibles, mientras yo me apresuraba a asegurarle que si me hacía el honor de aceptar la hospitalidad de mi góndola, me comprometía formalmente a procurar que no se aburriera. Y seguí observando que, pues contaba con la aprobación de su tía, no veía motivo para que renunciase a un poco de distracción.

—Aun si rechaza mi compañía —concluí—, le ruego que disponga usted de mi barco; en cuanto al gondolero, le garantizo que puede confiarse plenamente en él.

Sofocada, a punto casi de echarse a llorar, la pobre mujer fijó la vista en el suelo; tenía los labios fuertemente apretados, y no lograba decidirse a dar una respuesta definitiva.

No insistí más y me dispuse a retirarme.

Antes de despedirme de la anciana, le pregunté si me permitiría verla de nuevo.

Me tuvo en suspenso unos segundos y luego dijo:

—¿Es eso muy importante para usted?

—Me complacería más de lo que puedo expresarle.

—Es usted maravillosamente galante. Pero le aseguro que la conversación me fatiga muchísimo.

—¿Cómo puedo creerlo si la veo más animada que cuando entré?

—Es la pura verdad, tía —intervino miss Tina—. Creo que le hace a usted bien un poco de compañía.

—¿No es conmovedora la solicitud recíproca que nos demostramos? —inquirió burlonamente la anciana—. Si me juzga animada ahora, no sabe de lo que está hablando, y no ha conocido nunca a una mujer agradable.

Parecía muy excitada y se detuvo un momento para tomar aliento.

—¿Qué saben ustedes de la buena sociedad? —prosiguió con voz aguda. Y antes de darme tiempo a responder añadió—: No. No trate de hacerme un cumplido; yo no soy nada.

En vano estaba buscando qué responder a sus autoritarias palabras cuando dijo, a modo de despedida:

—Mi puerta está siempre cerrada, pero puede llamar a ella de vez en cuando.

Abandoné la habitación y el cerrojo se corrió a mi espalda.

Contra todas mis esperanzas miss Tina no me había acompañado. Atravesé lentamente el vestíbulo, y antes de bajar me detuve unos instantes; no podía decidirme a abandonar el palacio y resolví aguardarla en el jardín por si se le ocurría salir.

No tuve que esperar mucho; la buena mujer apareció en el umbral de la puerta al cabo de unos minutos. Me acerqué a ella sonriendo.

—Es una idea deliciosa esa de la *Piazza* —le dije—. ¿Cuándo le apetece ir? ¿Esta noche?... ¿Mañana, quizás?

Su turbación era tan grande que no acertó a responderme.

Como ya había observado anteriormente, a diferencia de las demás mujeres, miss

Tina no se mostraba esquiva ni tendía a alejarse para ocultar su desconcierto; al contrario, se acercaba más aún, como si deseara refugiarse en demanda de protección. Su actitud suplicante era un ruego perpetuo de amparo y de guía. Desde el momento en que cualquier persona le demostraba un poco de afecto, ya podía contar con su confianza inocente y sin reservas.

Cuando logré que se calmase un poco me confesó que no conseguía comprender las intenciones de su tía, ni descubrir los motivos de un cambio tan súbito.

—Le sugiero que se limite a aceptarlo y no se preocupe demasiado —dije—. Y puesto que ella lo aprueba, permítame invitarla a tomar un helado en la terraza del Café Florián.

—¡Oh, tardaré mucho tiempo en acostumbrarme a la idea! —contestó casi con pena; y no se comprometió a aceptar aquella misma noche ni a la siguiente.

Me resigné, puesto que no me quedaba otro recurso. Y por fin, transcurrida una semana, manifestó finalmente su deseo de que la llevara a la *Piazza.*

Cuando llegamos al Gran Canal su admiración fue tan fresca y espontánea como la de una turista recién llegada. Había olvidado ya el esplendor del ancho camino acuático y la insólita sensación de flotar entre palacios de mármol y reflejos de luces.

Navegamos largo rato, y aunque permanecía silenciosa yo estaba convencido de que se sentía embargada por una agradable sensación de bienestar y libertad. Su rostro no expresaba tan sólo complacencia, sino verdadera dicha.

Para darle tiempo de disfrutar del paisaje la góndola se deslizaba lentamente por el agua, y a juzgar por su asombro se hubiese dicho que Venecia constituía para aquella mujer una auténtica revelación. Le pregunté cuánto tiempo había transcurrido desde su último paseo y me contestó:

—No lo sé... Mucho. Antes de enfermar mi tía.

Resultaba desconcertante la extrema vaguedad con que se refería siempre a los años precedentes; como si no acertara a distinguir la línea de demarcación que separaba el apogeo de su vida, que ella no había dudado en calificar de brillante, de su decadencia o reclusión.

Me abstuve de hacerle preguntas, evitando deliberadamente hablar de las cosas que me interesaba saber. En cambio, derramé en sus oídos tesoros de información sobre todo cuanto nos rodeaba, describiéndole también Roma y Florencia y extendiéndome sobre los encantos y las ventajas de los viajes.

Ella me escuchaba atenta, reclinada sobre el muelle almohadón de cuero.

—Pero no íbamos a ir a la *Piazza* —inquirió de pronto, con la tímida impaciencia de un niño—. ¡Eso es lo que yo quiero ver!

En el acto ordené que nos llevaran allí directamente, después de lo cual nos quedamos silenciosos, absortos en la contemplación de los palacios, el cielo y el agua.

—Ya he descubierto lo que le pasa a mi tía —dijo al cabo de unos minutos—. ¡Teme que usted se vaya!

La miré asombrado.

—¿Qué le hace pensar semejante cosa?

—Ha tenido la impresión de que no se encontraba a gusto. Por eso ha cambiado.

—¿Quiere decir que ha resuelto hacer que me sienta más a gusto?

—Bueno... No quiere que se vaya. Desea que permanezca en el palacio

—Debido a la renta, supongo —inquirí ingenuamente.

Pero la ingenuidad de miss Tina fue mayor aún.

—Desde luego. Como le dije, desea que yo disponga de más dinero.

—¿Y cuánto quiere que tenga? —pregunté con todo el optimismo de que fui capaz—. Debería fijar la suma, para que me quedara hasta completarla.

—¡Ah, eso no estaría bien! —exclamó—. Sería absurdo que se molestara así.

—Pero supongamos que yo tuviera mis razones personales para permanecer en Venecia.

—En ese caso le convendría más mudarse a otro sitio.

—¿Y qué diría su tía?

—Se disgustaría mucho —dijo, y tras dudar un instante prosiguió—: Pero yo creo que haría usted mejor en... renunciar, y marcharse.

—¡No es fácil renunciar! —protesté.

Me miró francamente a los ojos.

—Creo conocer sus motivos —afirmó.

—Me atrevería a asegurarlo, puesto que se los confié la otra noche.

Ella asintió con la cabeza.

—Y casi me atrevo a confiar en que me ayude a realizarlos —insinué.

—Me sería imposible sin engañar a mi tía —se alarmó.

—¿Qué quiere decir? Yo no he hablado de engañarla.

—Sin embargo... Ella no accedería jamás voluntariamente a sus deseos. Ya se lo han solicitado antes; le han escrito; le han ofrecido dinero. Y eso la exaspera terriblemente.

—Luego, ¿posee realmente documentos valiosos? —me apresuré a indagar.

—¡Oh, sí! Los tiene todos, todos... —confesó suspirando con una extraña angustia, en un tono repentinamente desolado.

Sus palabras me produjeron una profunda impresión: constituían la prueba irrefutable de que mis esfuerzos no eran vanos.

Entretanto, la góndola se había ido acercando a la *Piazzeta.*

Después de desembarcar le pregunté a miss Tina si prefería pasear o que nos sentásemos un rato, a lo cual respondió que haría lo que yo decidiese, recordándome el escaso tiempo de que disponíamos.

Le aseguré que bastaba para ambas cosas, y dimos primero una vuelta bajo las altas arcadas. Se reanimó a la vista de los brillantes escaparates, deteniéndose prolongadamente ante ellos, admirando o desaprobando su contenido, pidiéndome opinión sobre todas las cosas y comentando acerca de los precios. Pero mi atención estaba muy lejos de allí. Aquellas palabras pronunciadas hacía un momento: «¡Oh, sí! Los tiene todos, todos...» habían quedado flotando en el aire y resonaban aún en mi mente.

Por último, nos sentamos en medio de la numerosa concurrencia del Florián. La noche era magnífica, y toda Venecia parecía encontrarse en la *Piazza.* Mi compañera no podía haber deseado circunstancias mas propicias para su retorno a la sociedad.

A pesar de que no lo expresaba con palabras, advertí que sus impresiones le resultaban casi abrumadoras. Había olvidado ya la atracción del mundo, y ahora descubría de pronto que había sido cruelmente arrancada de él en sus mejores años. La comprobación no la encolerizaba, pero pude leer en sus ojos la sombra de una hiriente sospecha. Se mantenía en silencio, absorta tal vez en sus recuerdos, o lamentándose de las oportunidades irremediablemente perdidas y que habían estado al alcance de su mano

hacía mucho tiempo.

Interrumpiendo sus cavilaciones me decidí a preguntar:

—¿Supone que su tía se propone conservarme como inquilino haciéndome la concesión de admitirme ocasionalmente a su presencia?

—Ella cree que es más probable que se quede si le permite visitarla de vez en cuando, y tiene tal necesidad de dinero que está dispuesta a consentirlo.

—¿Y qué beneficio podría reportarme a mí eso?

—No sé —dijo miss Tina con sencillez—. Usted le aseguró que le resultaba interesante.

—En efecto. Pero, ¿no le parece extraño mi interés?

—¡Oh, seguramente! Si todos pensaran como usted habría más personas que intentarían verla.

—En ese caso —proseguí—, si se ha hecho esa reflexión, quizá me atribuya un motivo especial para no respetar su aislamiento, como hacen los demás, a despecho del interés que despierta...

Mi interlocutora no pareció comprender el sentido de mis palabras, y me vi obligado a ser más explícito.

—Si usted no le ha revelado lo que le confié la otra noche, ¿no podría haberlo adivinado sola?

—Tal vez, porque es muy desconfiada.

—¿Y no la habrán vuelto desconfiada a fuerza de perseguirla con una curiosidad indiscreta?

—No, no. No es eso —repuso volviendo hacia mí su rostro turbado—. No sé cómo explicarlo. Es por algo..., por algo que ocurrió hace años... Antes de que yo naciera.

—¿Algo? Pero ¿qué? —pregunté como si no tuviera la más remota idea del asunto.

—¡No me lo ha dicho nunca! —exclamó; y me convencí de que decía la verdad.

Su extremo candor era casi irritante. A mí me habría resultado mucho más útil de haber sido un poco menos ingenua.

—¿Supone que puede estar relacionado con las cartas y los papeles de Jeffrey Aspern que tiene en su poder? —insistí.

—¡Oh, casi seguro! —afirmó, como si se le acabara de ocurrir—. De todos modos... Yo nunca he tenido oportunidad de verlos.

—¿Y cómo sabe entonces que existen?

—Quiero decir que no los he tenido nunca en mis manos, que no los he leído. Pero los he visto cuando ella los ha sacado.

—¿Ocurre eso a menudo?

—Ahora ya no, pero antes con mucha frecuencia. Les tiene un gran cariño.

—¿A pesar de ser comprometedores?

—¿Comprometedores? —repitió como si no entendiese del todo el sentido de la palabra. Y yo tuve la desagradable impresión de estar corrompiendo a una niña inocente

—Me refiero al hecho de que puedan encerrar recuerdos penosos.

—¡No creo que haya nada de penoso en ellos!

—¿Ni nada que pueda quizá comprometer su reputación?

Una expresión más extraviada que de ordinario asomó a los ojos de la pobre mujer. Aquella mirada parecía una confesión de desamparo, un alegato a mi generosidad y a mi rectitud. La había llevado a la *Piazz*a, la había colocado en medio de influencias encan-

tadoras, le había dispensado una atención que ella apreciaba, y de pronto descubría que todo había sido un soborno; un soborno para obligarla en cierto modo a volverse contra su tía.

Era de naturaleza complaciente y capaz de hacer cualquier cosa por agradar a una persona que le hubiera demostrado bondad, pero tan débil que no podía contarse mucho con eso.

Resultaba bastante extraño, según reflexioné después, que en ningún momento se mostrase resentida por mi falta de consideración hacia la anciana, actitud de pésimo gusto, a mi criterio, si hubiera estado en juego algo menos vital. Mas dudo que miss Tina midiera realmente el alcance de mis palabras.

—¿Insinúa que mi tía puede haber hecho alguna vez algo malo? —preguntó de pronto.

—¡Dios me libre de sugerir semejante cosa! Que, por lo demás, no es asunto mío en absoluto. Y si lo hubiera hecho —continué amablemente—, habría sido en otra época y en otro mundo.

Mi interlocutora pareció reflexionar sobre aquello, pero no hizo ningún comentario.

—Lo que me preocupa —proseguí—, es que se le ocurra destruir los papeles.

—¡Ah, los quiere demasiado!

—¿Aún ahora, cuando quizá sienta que se acerca su fin?

—Tal vez cuando le abandonen las fuerzas, en el último momento..., se decida a destruirlos.

—¡Eso es exactamente lo que yo le ruego que impida! —exclamé con vehemencia.

—¿Cómo podría? —se extrañó.

—Quitándoselos.

—¿Y entregándoselos a usted?

Sus palabras plantearon el asunto con aguda ironía; sin embargo yo estaba convencido de que no había sido ésa su intención.

—Podría permitirme simplemente examinarlos. Los necesito a cualquier precio, no para mí, ni porque algún otro me los haya encargado, sino porque pueden ser de un enorme interés para comprender la obra de Jeffrey Aspern, y quizá tengan una inconmensurable importancia en este sentido.

Me escuchó con aquel aire habitual en ella, como si estuviéramos tratando un tema sobre el que no había oído hablar jamás. En cuanto a mí, me sentía casi a la altura de un periodista que fuerza la entrada de una casa en la que alguien acaba de morir.

—Hubo un caballero que le escribió a mi tía hace algún tiempo, —exactamente en los mismos términos —explicó ella—. Se interesaba también por los papeles.

—¿Qué le contestó? —pregunté, avergonzado de mi falsedad.

—Que la dejase en paz, mas sólo después de haber recibido dos o tres cartas. ¡Se enfadó mucho!

—¿Qué dijo?

—Dijo que ese hombre era un demonio —repuso categóricamente miss Tina.

—¿Empleó esa expresión en su carta?

—De ningún modo. No le escribió ella; me encargó a mí que lo hiciera.

—¿Y en qué términos se expresó?

—Afirmé que no existían tales papeles.

—¡Ah, pobre caballero! —me compadecí.

—Yo sabía que era mentira, por supuesto, pero fue ella quien me ordenó que lo dijera.

—Comprendo, se vio obligada... Por mi parte —intenté bromear—, espero no pasar por un demonio.

—Eso depende de lo que me pida que haga en su favor —replicó sonriendo.

—¡Ah, si existe una sola posibilidad de que me considere así mi asunto va por mal camino! No le pediré que robe, ni siquiera que engañe. Porque usted no puede engañar, salvo por carta. Sólo le suplico que impida que destruya los papeles.

—¿Cómo podría? Yo no tengo influencia sobre mi tía... Es ella quien me domina.

—Mas no domina sus brazos y sus piernas, ¿no es cierto? El procedimiento más natural de destruir los documentos sería quemándolos. Pero no puede quemarlos sin fuego, y no puede conseguir fuego a menos que usted se lo proporcione.

—Siempre he obedecido sus órdenes —alegó débilmente mi pobre amiga—. Y además..., está Olimpia.

Tentado estuve de aventurar que quizás Olimpia fuera sobornable, pero juzgué más conveniente no hacerlo por el momento. De modo que me limité a sugerir que acaso fuera fácil convencer a la criadita en este sentido.

—Es mi tía quien convence sin dificultad a todo el mundo —aseveró miss Tina.

Y en seguida recordó que su fiesta había terminado: debíamos regresar al palacio.

Apoyé mi mano sobre su brazo por encima de la mesa, para retenerla un instante.

—Lo que deseo es que usted me prometa ayudarme.

—¿Cómo.... cómo podría hacerlo? —preguntó perpleja y turbada. Evidentemente estaba sorprendida de que le concediera tanta importancia, y le asustaba la idea de tener que intervenir; no estaba acostumbrada a la acción.

—Lo principal es vigilar a su tía y prevenirme a tiempo —le aseguré—, antes de que cometa un sacrilegio atroz.

—No puedo vigilarla cuando me obliga a salir.

—Es cierto —admití.

—Y cuando usted lo hace tampoco.

—¡Dios nos asista! ¿Cree que habrá intentado algo esta noche?

—No lo sé. Es muy astuta.

—¿Trata de asustarme?

Como si pretendiera tranquilizarme, mi compañera murmuró en tono pensativo y casi envidioso:

—¡Sin embargo, los quiere tanto!... ¡Los quiere tanto!...

Esa reflexión, repetida con tal énfasis, me proporcionó cierto consuelo. E intentando asegurarme insistí:

—Si, después de todo, no se propusiera destruir los papeles antes de su muerte, probablemente habría adoptado alguna disposición al respecto en su testamento.

—¿En su testamento?

—¿No ha testado, acaso, a su favor?

—¡Tiene tan poco que dejar! Por eso quiere su dinero.

—¿Puedo preguntarle, ya que hablamos con entera franqueza, de qué viven ustedes?

—De un dinero que mandan de América; nos lo remiten cada tres meses. Un abogado de Nueva York, según creo, se ocupa de ello. ¡Pero no es mucho, por cierto!

—Luego, ha debido de hacer testamento para disponer de esa renta.

Miss Tina vaciló y la vi ruborizarse.

—Creo que es mío —dijo al fin. El tono de sus palabras revelaba tal ausencia de egoísmo que casi la encontré encantadora. Se apresuró a añadir—: Hace tiempo estuvo un *avvocato* en el palacio, y fueron también varias personas a firmar algo.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Oh, muchos años!

—¿Y usted no firmó?

—No, yo no.

—Entonces —argumenté esperanzado—, probablemente se trataba de un testamento; aquellas personas debían de ser los testigos y usted la heredera. Seguramente le ha dejado los documentos.

—Si es así, será con condiciones muy severas —contestó levantándose vivamente—. Mi tía habrá estipulado que los objetos legados deben ocultarse celosamente a toda mirada indiscreta.

Había hablado con desconocida decisión, como si quisiese significar que yo me equivocaba mucho si la creía capaz de sustraerse a un mandato tan absoluto.

—¡Claro que deberá atenerse a los términos! —admití, y ella no dijo nada para atenuar el rigor de mi conclusión. Sin embargo, más tarde, después del largo viaje casi totalmente silencioso, me prometió de pronto antes de desembarcar ante su puerta:

—Haré lo que pueda por ayudarle.

VII

No podía quejarme: nuestro paseo había resultado fructífero.

No obstante, el temor de lo que Juliana podía haber hecho ya, teniendo en cuenta su astuto carácter, me tuvo varios días nervioso. Consideraba que miss Tina estaba casi en el deber de informarme, de hacerme saber definitivamente si su tía había sacrificado o no sus tesoros; pero como no daba señales de hacerlo, perdí la paciencia y decidí tomar la iniciativa.

Un día, al atardecer, mandé preguntar si me era permitido visitar a las señoras, y mi criado regresó con noticias sorprendentes. No había dificultad alguna y me estaban esperando.

La anciana estaba sentada en la sala, junto a la ventana que se abría al jardín, a través de cuyos postigos entreabiertos parecía contemplar las flores bañadas por la dorada luz veneciana. Se encontraba sola, y a juzgar por su aspecto (a causa tal vez de algún elemento más brillante en su indumentaria) hubiera podido decirse que estaba dispuesta a reanudar su contacto con la sociedad.

—¿Viene a comunicarme que se queda con las habitaciones otros seis meses? —inquirió en cuanto me vio aparecer. Y la crudeza de su codicia me dejó tan atónito como si no me hubiera dado ya antes abundantes pruebas de ella.

Su deseo de hacer productiva nuestra relación me resultaba tanto más penosa por cuanto no correspondía en absoluto a la imagen ideal que yo me había forjado de la divina Juliana..., la mujer que había inspirado inmortales versos a un excelso poeta.

Sin embargo me era forzoso admitir que, a pesar de todo, debían concedérsele ciertos atenuantes. Era yo quien había avivado la llama maldita de su avaricia; yo quien le había demostrado que tenía en sus manos un medio de conseguir dinero. Al parecer, antes no se

le había ocurrido jamás. Había habitado en el palacio durante muchos años considerando que, aunque excesivo, el espacio de que disponía le costaba poco menos que nada, y no se había ocupado apenas de su economía, ya que sus rentas, por reducidas que fuesen, le bastaban sobradamente para vivir en Venecia. Pero yo había llamado un día a su puerta para enseñarle a calcular, y mi extravagante comedia con respecto al jardín me había presentado fatalmente en calidad de víctima. Como en todas las personas en quienes se obra el milagro de mudar de opinión en la vejez, su conversión había sido profunda, y se había aferrado desesperadamente a la posibilidad que yo le presentaba.

Sin esperar a ser invitado (a ella no parecía preocuparle que permaneciera en pie o me sentase), me acomodé en una de las sillas cercanas.

—¡Ah, qué imaginación tiene usted! —exclamé—. Yo no soy sino un pobre diablo, un hombre de letras que vive al día. ¿Cómo podría alquilar un palacio por tanto tiempo? Mis medios son tan escasos, mis ingresos tan inseguros, que no sé si dentro de unos meses dispondré de lo suficiente para vivir. Me he permitido, por una vez, un lujo enorme. Pero en cuanto a continuar...

—¿Le parecen demasiado caras sus habitaciones? Si es así, podría usted disponer de algunas más por la misma suma —respondió prontamente—. Podríamos arreglarnos, *combinare,* como dicen aquí.

—Ya que me lo pregunta, le diré que las encuentro muy caras. Demasiado caras —afirmé—. Evidentemente, me supone usted más rico de lo que soy.

Me miró con desconfianza.

—¿No vende los libros que escribe?

—¿Quiere decir si la gente los compra? Algo... Muy poco. Mucho menos de lo que yo quisiera. Escribir libros, a menos que se sea un genio (¡y ni aun en ese caso!) es el último camino para llegar a la fortuna. Creo, además, que ya no es posible ganar dinero con la buena literatura.

—Tal vez no elige temas hermosos. ¿Sobre qué escribe? —preguntó ella implacable.

—Sobre los libros de otros autores. Soy crítico, comentarista, historiador en pequeña escala —repuse. Y me pregunté lo que iría a suceder...

—¿Y de qué autores se ocupa ahora?

—En particular de los grandes poetas y filósofos del pasado. De los que murieron ya, y pasaron, y no pueden hablar por sí mismos.

—¿Qué dice de ellos?

—Digo que a veces se relacionaron con mujeres sublimes —contesté, intentando dar a mi respuesta un tono ligero.

Creí haber calculado el riesgo, mas no bien hube acabado de pronunciar aquellas palabras mi imprudencia me sobresaltó. No las lamentaba, no obstante, porque, a pesar de mis aprensiones, quizá la anciana estuviera dispuesta a pactar. Parecía evidente que conocía mi secreto. ¿Por qué, entonces, prolongar aquella situación?

Sin embargo ella se limitó a preguntar:

—¿Le parece legítimo remover el pasado?

—¿Cómo llegar a él si no es indagando un poco? No podemos dejar caer en el olvido la vida y la obra de los grandes hombres.

—¡Oh! Yo amo el pasado, pero no me gustan los críticos —declaró ásperamente.

—Ni a mí —contesté—. Sin embargo, me apasionan los descubrimientos.

—¿No son, en su mayor parte, mentiras?

—¿Mentiras? Una forma de mentir es ocultar o enmascarar la verdad.

—La verdad pertenece a Dios, no a los hombres —sentenció—. Y es mejor no tocarla. ¿Quién puede juzgar? ¿Quién puede atreverse...?

—Vivimos en una oscuridad casi absoluta, lo reconozco —admití—. Mas si renunciáramos a investigar, ¿qué sería de las cosas bellas? ¿Qué sería de la obra de los poetas y los filósofos? Todo se reduciría a vanas palabras si no pudiéramos medirla con algún patrón.

—Habla usted como si fuera un sastre —arguyó Juliana caprichosamente.

Y tras una breve pausa añadió, cambiando de tono:

—La casa es muy hermosa y sus proporciones son magníficas. Cuando ha venido su criado, hace un momento, estaba a punto de mandarle llamar para preguntarle si tenía la intención de quedarse. Las salas son espaciosas —prosiguió, moviendo el índice de abajo arriba a modo de un subastante—, en cuanto a la vista... En fin, dudo de que haya vivido muchas veces en un lugar parecido.

—¡Puedo asegurarle que no! —afirmé.

—Bien, en ese caso, ¿cuánto me ofrece por seis meses?

Me resultaba muy difícil dominarme, y a punto estuve de gritarle: «¡No, Juliana: por amor de él... no sigas!»

Pero logré reprimirme e inquirí:

—¿Qué motivo podría tener para quedarme tanto tiempo?

—Creí que le gustaba —dijo ella, recuperando de pronto su dignidad.

—Yo también lo creí.

Dejé que interpretara mis palabras a su gusto, y durante unos instantes permanecimos en silencio. Casi esperaba oírla declarar fríamente que si me había desilusionado no consideraba necesario proseguir la discusión; sin embargo dijo:

—Si opina que no le hemos tratado bien quizá pudiéramos encontrar alguna manera mejor de tratarlo.

Me excusé nuevamente, riendo, y le hice notar que me estaba tratando como a un muchacho enfurruñado y testarudo a quien estuviera dispuesta a conceder una gracia. No tenía la menor queja, le aseguré, y por lo demás, ¿qué benevolencia habría podido exceder a la de miss Tina al acompañarme la otra noche a la *Piazza?*

—¡Oh, es una excelente muchacha! —ponderó la anciana cambiando de tono—. No tiene en el mundo a nadie más que a mí.

Asentí de buen grado, y ella expresó la esperanza de que no lo hiciera tan sólo por cortesía, sino porque en realidad lo sintiera. Entretanto, yo me preguntaba, más perplejo que nunca, qué se traería entre manos. ¿No se estaría proponiendo, al ensalzarme a su sobrina, presentarla a mis ojos como un buen partido?

Era la pura verdad que yo no podía permitirme el lujo de conservar mis habitaciones a un precio tan fantástico y que ya había consagrado a mi empresa casi todo el dinero disponible. Había gastado, además, tiempo y paciencia. No obstante, resuelto a no cejar en mi empeño, estaba dispuesto a proseguir. Le pagaría a aquel precioso mito, a la divina musa de Aspern, con quien mis tratos económicos representaban siempre un conflicto, el doble de lo que cualquier *padrona di casa* podía en justicia exigir. Pero me negaba resueltamente a darle veinte veces más.

Así se lo manifesté, y mi claridad pareció dar frutos porque exclamó en seguida:

—Muy bien. Ha hecho usted una oferta, y es lo que yo le pedía.

—Sí, pero no por seis meses. Tan sólo por uno.

—¡Ah, en ese caso tendré que pensarlo!

Comprendí que se sentía defraudada: ella hubiera querido al mismo tiempo retenerme y quitarme ilusiones. Su despegada actitud parecía decir: «¿Acaso espera obtener sus propósitos en menos de seis meses? ¡Está loco! Aun al cabo de ese tiempo, si es que se queda, no habrá usted adelantado mucho.»

Me preocupaba la idea de que intentara retenerme únicamente para sa isfacer su codicia y por el placer de engañarme, en el supuesto de que hubiera sacrificado ya su tesoro. Y mi inquietud llegó a ser tan viva que sólo una instintiva reserva, ante el temor de equivocarme, me impidió mostrar mi juego preguntándoselo directamente.

Me prometió reflexionar sobre mi propuesta, añadiendo que ya me haría conocer su decisión.

—¿Entiende usted mucho de curiosidades? —inquirió al cabo de un momento.

—¿De curiosidades?

—O de antigüedades, si lo prefiere —aclaró—. De esas viejas chucherías por las cuales paga la gente tanto dinero hoy día. ¿Conoce los precios?

Adiviné lo que iba a ocurrir: no obstante pregunté ingenuamente:

—¿Desea comprar algo?

—No. Quiero vender.

Y sacó del bolsillo, con mano torpe, un pequeño objeto envuelto en un pedacito de papel blanco y arrugado. Lo retuvo un momento, como si lo sopesara.

—¿Cuánto me daría por esto un aficionado? —preguntó tendiéndomelo finalmente.

Lo cogí con mano ávida, tratando empero de no revelar la intensidad de mi emoción.

—Sólo me separaría de él por una buena suma —añadió la anciana.

Desenvolví cuidadosamente el papel y comprobé que se trataba de un retrato oval, ¡de Jeffrey Aspern, naturalmente! Le reconocí a la primera ojeada.

Advirtiendo que la anciana me observaba, encontré el aplomo suficiente para exclamar:

—¡Es muy notable! ¿De quién se trata?

—Era un viejo amigo mío, hombre muy célebre en su tiempo. Me lo regaló él mismo, pero temo mencionar su nombre, pues es posible que no lo haya oído usted nunca, a pesar de ser crítico e historiador. Sé que el mundo marcha deprisa y una generación olvida a la otra. Sin embargo, estaba muy de moda en mi juventud.

Quizás a ella le asombrara mi aplomo, pero no era menor la impresión que el suyo me producía. Me parecía prodigioso que a su edad, y en su precario estado de salud, hallara todavía energías suficientes para jugar a engañarme de aquella forma con el único propósito de complacerse en su propia astucia.

Así fue, al menos, como creí interpretar su actitud, porque no podía creer que estuviera realmente dispuesta a desprenderse de aquella reliquia; no deseaba venderla, ni le interesaba en absoluto la información que yo pudiera darle en ningún sentido. No abrigaba otro propósito que encandilarme para divertirse un poco a mi costa, y en consecuencia deduje que pediría un precio prohibitivo.

—Me parece recordar esa cara —dije mirando el retrato desde diversos ángulos, con expresión crítica—, pero no consigo identificarla.

Se trataba de una obra cuidada, aunque no de valor. Representaba a un hombre de rostro notablemente agradable, con levita verde de cuello alto y chaleco de ante. Apreció

en el modesto trabajo una gran virtud de parecido, y supuse que debió de realizarse cuando el modelo contaba alrededor de los veinticinco años. Se había logrado encontrar, como es sabido, dos o tres retratos del poeta; sin embargo, ninguno le representaba a edad tan temprana.

—Evidentemente este hombre pertenece a otra época —proseguí—. Usted ha expresado sus dudas de que nuestra generación haya oído hablar de él, y no obstante me impresiona como si fuera una celebridad universal. ¿Quién es? No logro situarlo, no puedo asignarle un nombre... ¿Fue un escritor? ¿Un poeta, acaso...?

Estaba decidido a que fuera ella, y no yo, quien pronunciara primero el nombre de Jeffrey Aspern. Pero no había contado con el carácter extraordinariamente firme de Juliana: sus labios no articularían aquellas sílabas en mi presencia.

No se dignó contestar siquiera a una sola de mis preguntas, y agitó una mano para reclamar el retrato en perentorio ademán.

—Era alguien que habría sabido pagarme el precio que le hubiera pedido —dijo secamente.

—¡Oh! ¿Se ha fijado usted precio?

—He fijado lo menos que admitiría. Lo que se me ocurrió preguntarle es lo más que se puede obtener.

Yo retenía el precioso objeto, no con intención vengativa, sino porque instintivamente me aferraba a él. Furiosa, la anciana se enderezó, y por un momento la consideré capaz, ante el temor de perder su joya, de realizar el enorme esfuerzo de ponerse en pie para arrancármela. Inmediatamente volví a colocarla en su mano.

—Me gustaría mucho adquirirlo —afirmé—, pero seguramente lo habrá tasado usted muy por encima de mis posibilidades.

Volvió ella a guardar la plaquita ovalada, y la oí suspirar con alivio.

—¿Compraría la imagen de una persona que no conoce, pintada por un artista sin fama? —preguntó al cabo de un momento.

—Quizás el artista no fuese famoso, pero pintaba maravillosamente bien —repuse para justificarme.

—Me complace oírselo decir, porque el pintor era mi padre.

—¡Eso confiere a la obra un valor inapreciable para usted! —ponderé.

Me alegró comprobar que no me había equivocado en mi hipótesis sobre el origen de Juliana. Sin duda Aspern había conocido a la joven en el estudio de su padre.

Propuse a la anciana que me confiara su tesoro durante veinticuatro horas, para que pudiera hacerme asesorar sobre su justo valor; mas ella, por única respuesta, negó silenciosamente con la cabeza. Eso me ratificó en mi opinión de que no deseaba venderlo mientras viviera, aunque tal vez quisiera cerciorarse de la suma que su sobrina podría obtener de él, si llegaba a heredarlo.

—En cualquier caso, espero que no se lo ofrecerá a nadie sin hacérmelo saber —le rogué—. Recuérdeme como un posible comprador.

—Le exigiría el pago por adelantado —me contestó con rudeza.

Mas luego, como si temiera haberme irritado, dijo a modo de disculpa.

—¡Ah! Ya soy muy vieja... Muy vieja...

Y antes de darme tiempo a contestar, inquirió cambiando súbitamente de tema:

—¿De qué habla con mi sobrina cuando sale con ella por las noches a pasear?

—¡No he salido más que una vez! —protesté—. Y por cierto que me agradaría mucho

que accediera a acompañarme a menudo. De todos modos, le ruego que no me obligue a traicionar su confianza.

—¿Su confianza? ¿Tiene ella, acaso, confianza en usted?

Como obedeciendo al conjuro de su nombre, miss Tina apareció en aquel momento en el umbral de la puerta. En su rostro bondadoso se pintaba una sincera expresión de angustia cuando exclamó:

—¡Ay, ya no sé qué hacer con ella! Tiene caprichos de una imprudencia espantosa. ¡Se fatiga con tanta facilidad, y sin embargo insiste en ir por toda la casa!

—Sé muy bien lo que me propongo. No he perdido la cabeza... Aunque a ti te gustaría que así fuese —repuso la anciana con crudo cinismo.

—No puedo creer que haya llegado sola hasta aquí —intervine con ánimo conciliador—. Su sobrina ha debido seguramente ayudarla.

—¡Oh! Insistió en que la trajéramos. Y cuando insiste... —explicó miss Tina con aprensión, como si se preguntara qué nuevo servicio, desaprobado por ella, podía exigirle aún su tía.

—A Dios gracias, casi siempre lo he conseguido todo. Las gentes con quienes he vivido se han plegado siempre a mis gustos —afirmó Juliana vanidosamente.

—Supongo que quiere decir que han obedecido sus órdenes —rectifiqué sonriendo.

—Lo que sea. ¡Puesto que me querían...!

—Precisamente porque la quiero debo contrariarla —declaró la sobrina nerviosamente.

—Tengo la esperanza de que alguna vez acompañe a su tía arriba para hacerme una visita.

—¡Oh, no! No es necesario —me atajó la anciana con viveza—. Desde aquí puedo vigilarlo.

—Está usted muy cansada —se quejó miss Tina—. Probablemente esta noche se sentirá enferma.

—Te equivocas, querida. Me siento mejor en este momento de lo que me he sentido en un mes. Mañana saldré de nuevo. Quiero sentarme en un sitio donde pueda estar cerca de este caballero.

—¿No le sería más cómodo recibirme en su saloncito? —sugerí.

—¿No querrá decir que de ese modo podría usted verme mejor? —replicó.

—¡Ah, esa posibilidad no existe para mí en ninguna parte! —repuse, refiriéndome a la visera que ocultaba casi totalmente su rostro—. La miro, pero no la veo.

—La está excitando terriblemente —me reconvino miss Tina con un gesto impaciente.

—Debo vigilarlo... Debo vigilarlo... —repitió Juliana, entre malévola y divertida.

—En ese caso, le propongo que pasemos juntos tanto tiempo como sea posible. No me importa dónde. Así tendrá usted todas las garantías.

—¡Por hoy ya he tenido bastante! —repuso—. Estoy satisfecha. Ahora quiero volver a mis habitaciones.

Miss Tina apoyó las manos en el respaldo de la silla de ruedas y empezó a empujar, pero yo le rogué que me cediera su puesto.

—¡Oh, sí, lléveme usted! —aceptó la anciana.

Antes de llegar a la puerta de su aposento me hizo detener un instante y midió la sala con una larga mirada apreciativa.

—¡Es una casa extraordinaria! —exclamó.

En cuanto entramos en el saloncito la pequeña criada pelirroja acudió rápidamente para hacerse cargo de su ama, y miss Tina me hizo saber que ya podían ocuparse de la anciana ellas solas.

Supuse que su intención era llevarla inmediatamente a la cama; sin embargo, y a pesar de advertir su impaciencia, confieso que me resistía a alejarme de allí. Me fascinaba la sensación de encontrarme tan cerca de las cotidianas reliquias, guardadas probablemente en alguna parte de la modesta habitación.

Ya sabía, no obstante, que era posible y hasta verosímil que Juliana hubiera llevado los papeles a su dormitorio. Tal vez los hubiese guardado en algún pequeño baúl, oculto bajo su cama, o en el cajón de una mesa. Querría tenerlos, me dije, al alcance de la mano, para sacarlos por las noches y contemplarlos a la pálida claridad de su lamparilla.

A pesar de ello volví los ojos en todas direcciones, tratando de descubrir un lugar donde hubiera podido guardarse un fajo de papeles. Pero no había allí ni escondrijos polvorientos ni cómodas o arquillas con cerraduras de hierro, y la sencillez del mobiliario no sugería, por cierto, tesoros ocultos. Se reducía tan sólo a unas cuantas sillas adosadas a las paredes, un par de mesas y un viejo escritorio. Mi atención quedó prendida inmediatamente en este último objeto: era bastante alto y estaba un poco deteriorado, de estilo Imperio y con complicados ornamentos de bronce.

Ignoro por qué me impresionaba tanto aquel mueble, dado que no tenía la menor intención de violarlo: mas el caso es que lo miraba con tal intensidad, que miss Tina lo advirtió y cambió de color. Su actitud confirmó mis sospechas: quizá no hubieran estado siempre allí, pero las cartas de Aspern languidecían en aquel momento tras la frágil cerradura del escritorio. Me era difícil desviar la atención de la pesada tapa de caoba. ¡Una simple tabla de madera, pensaba, me separaba de la meta de mis esperanzas!

Comprendiendo lo imprudente de mi actitud, hice acopio de toda mi fuerza de voluntad y decidí retirarme.

—Sin duda puede usted obtener una autorizada opinión acerca del cuadrito —le dije a la anciana antes de despedirme.

—¿Qué cuadrito? —inquirió miss Tina con asombro.

—Calla, tú no entiendes de esas cosas, querida mía —la reprendió suavemente Juliana—. No necesitas preocuparte. Ya le he fijado un precio.

—¿Cuál es ese precio? —pregunté.

—Mil libras.

—¡Oh, Dios mío! —gritó miss Tina sin poder contenerse.

—No es de dinero, sin duda, de lo que habla mi sobrina cuando sale a pasear con usted —dijo Juliana en tono impertinente.

—¡Imagínese que su tía desea saber de qué hablamos! —intenté bromear.

Antes de abandonar la habitación me hubiera gustado rogarle a miss Tina: «¡Baje esta noche al jardín para encontrarse conmigo!», pero sintiendo clavada en mí la penetrante mirada de su tía, me abstuve prudentemente de hacerlo.

VIII

Pero mi ruego hubiera resultado innecesario porque tres horas más tarde, apenas terminada mi cena, miss Tina llamó a mi puerta.

Me sorprendió mucho verla; su timidez era tan grande, que me dije que debía de existir un grave motivo para que se hubiese decidido a subir a mi aposento. Mas comprendí que en aquella oportunidad lo tenía cuando se arrojó sobre mí y se aferró a mi brazo. Estaba sofocada y jadeante.

—¡Mi tía está muy enferma! ¡Creo que se está muriendo!

—¡Imposible! —le contesté, recordando la extraordinaria vitalidad de que poco antes me había dado pruebas la anciana—. No tenga miedo.

—Busque usted a un médico, por favor. Olimpia ya ha ido a avisar al nuestro, pero no vuelve. Le dije que si el doctor no estaba en su casa le buscase donde fuese... Y al parecer no lo encuentra. No sé qué hacer.

—¿Me permite ver a su tía para poder juzgar su gravedad por mí mismo? —inquirí—. Naturalmente, estoy dispuesto a salir a buscar a un médico, pero ¿no sería mejor mandar a mi criado para que yo pudiera quedarme a su lado?

—Sí, sí, lo que usted diga.

Despaché, pues, a mi sirviente con el encargo de traer el mejor médico que pudiese encontrar, y después acompañé a mi amiga hasta sus aposentos.

Por el camino ella me informó de que, aproximadamente una hora después de mi partida, la anciana había sufrido un desvanecimiento del que no se había recobrado todavía, y su respiración era tan débil y penosa que le hacía temer lo peor. Cuando intenté tranquilizarla, afirmando que dudaba de que su tía se estuviese realmente muriendo, que no podía morir todavía, ella me dirigió una mirada fría y penetrante.

—No comprendo. ¿Pretende, acaso, acusarla de intentar engañamos? —protestó con voz dolida.

He olvidado mi respuesta, pero temo que en lo más íntimo de mi corazón juzgaba muy capaz a Juliana de cualquier maniobra peregrina.

Miss Tina quería saber qué le había dicho yo para irritarla tanto. Declaré que absolutamente nada, afirmando haber procedido con infinitas precauciones.

—Sin embargo, ella me ha hablado de una escena violenta.

Repliqué, con cierto resentimiento, que se trataba de una invención de su tía, y que no lograba concebir el motivo de su enojo.

—A menos que sea producido —concluí— por mi imposibilidad de pagarle mil libras por el retrato de Jeffrey Aspern.

—¿Se lo mostró? —preguntó alarmada. —Sí, me pidió que lo tasara.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró la pobre mujer. Evidentemente, el proceder de la anciana escapaba a su comprensión.

Por mi parte le aseguré que habría dado cualquier cosa por el retrato, pero no disponía de las mil libras.

Al llegar a la puerta del dormitorio me detuve. Una inmensa curiosidad me impulsaba a trasponerla; no obstante me consideré en el deber de observar que si mi presencia irritaba tanto a la enferma quizá deberíamos evitársela.

—¿Evitársela? ¿Cree usted que puede ver? —preguntó miss Tina indignada. Yo así lo creía, en efecto, pero me guardé muy bien de decírselo y la seguí dócilmente.

Recuerdo que mientras permanecíamos junto al lecho de Juliana pregunté:

—¿Tampoco a usted le muestra nunca sus ojos? ¿No se los ha visto nunca?

La anciana no llevaba entonces su habitual visera verde, pero una ajada caperuza de muselina negra le cubría la cabeza y ocultaba la parte superior de su rostro, dejando sólo

visibles sus blancas y arrugadas mejillas y su boca apretada en un enérgico gesto que se hubiese dicho deliberado.

—¿Se refiere al hecho de que siempre usa algo sobre los ojos? —inquirió miss Tina––. Lo hace para preservarlos.

—¿Por que son muy bellos?

—¡Oh, ahora ya no...! Ya no... —negó tristemente con la cabeza, y concluyó en voz muy baja—: Pero fueron maravillosos.

—Estoy seguro. Tenemos el testimonio de Aspern.

Cuando volví a mirar las viejas tocas de la anciana creí comprender sus razones: no quería que nadie pudiera sospechar que el poeta había exagerado su belleza.

Después, desviando mi atención de ella, recorrí la habitación con ávida mirada observando los armarios, las cómodas, las mesas... Miss Tina lo advirtió en seguida y comprendió su significado, pero nada dijo y bajó los ojos inquieta y desasosegada. Me sentí condenado con toda justicia por mi apetito indecoroso en presencia de una mujer que se estaba muriendo; sin embargo, no podía evitar preguntarme dónde buscaría una persona que quisiera apoderarse de los papeles de Juliana inmediatamente después de su muerte.

La habitación estaba espantosamente revuelta; parecía el camerino de una vieja actriz. Había algunos vestidos sobre los respaldos de las sillas; extraños líos de ropa arrugada en varios lugares, y media docena de cajas de cartón medio rotas, enormes y descoloridas, que hubiesen podido tener cincuenta años de antigüedad, apiladas en un rincón. Miss Tina volvió a seguir al cabo de un instante la dirección de mi mirada, y, previniendo lo que pudiera juzgar de tales apariencias (sin recordar que no tenía en absoluto derecho a juzgarlas), dijo, tal vez para defenderse de cualquier imputación de complicidad en el desorden:

—A ella le gusta así. No nos deja tocar nada.

Y añadió, tras una breve vacilación, en un murmullo casi imperceptible:

—Los papeles estaban allí.

Me había señalado un pequeño baúl de madera, viejísimo, con asas cinceladas y correas tirantes, de un color indefinible que un día debió de ser quizá verde claro. Seguramente había viajado con Juliana en otras épocas, en los días lejanos de sus aventuras.

—¿Estaban?... ¿Quiere decir que ya no están? —me inquieté.

Miss Tina estaba a punto de responder, pero el médico entró en aquel momento.

Se trataba del doctor en cuya búsqueda había salido la criadita. Al parecer, mi sirviente se los había encontrado por el camino, y obedeciendo a su sociable espíritu veneciano, había vuelto en su compañía hasta el umbral de la habitación de la padrona. Cuando me apercibí de su presencia, lo hice salir tanto más deprisa por cuanto su expresión de curiosidad me recordó lo poco que yo mismo tenía que hacer allí. Y la penetrante mirada del facultativo, que parecía tomarme por un rival dispuesto a inmiscuirme en su terreno, corroboró mi impresión.

Era un hombre bajito y gordo; usaba levita y sombrero de copa y parecía fijarse en todo menos en su paciente. Me observó como si creyera que también a mí debía recetarme algo, de modo que le saludé y me retiré lo más discretamente posible.

Bajé a fumar al jardín. Estaba muy nervioso.

Por nada del mundo me hubiese alejado en aquel momento del palacio; no sé lo que

esperaba, pero me parecía importante permanecer allí: no podía abandonar la plaza.

¿Se estaba muriendo la anciana? ¿Había dicho el médico que, dada su longevidad, lo único que podía hacerse era dejarla morir en paz? ¿0 había anunciado, simplemente, con una mirada apenas más convencional que de ordinario, que había llegado el fin?

Me inquietaba no estar más cerca, y casi temía, en mi loca inquietud, que el médico mismo se pudiera llevar los papeles. Aunque... quizá no existieran ya tales papeles que llevarse.

Fumé un cigarro tras otro, mientras recorría de extremo a extremo el jardín. Esperé a miss Tina bajo una de las ventanas, con la vaga esperanza de que se asomara para hacerme alguna seña. ¿No podría, tal vez, ser el punto rojo de mi cigarro en la oscuridad? ¿No le indicaría éste que yo estaba allí, aguardando para saber lo que había dicho el médico? Mi ansiedad me impedía darme cuenta de que la pobre mujer, en hora semejante y frente al cambio más grande de su vida, difícilmente tendría la presencia de ánimo necesaria para acordarse de mí.

Conocedor del interés que las damas me inspiraban, mi criado bajó para darme la única noticia que tenía: el médico se había marchado hacía ya mucho rato, después de la visita que había durado media hora.

Y si había permanecido media hora, me dije, significaba que Juliana seguía aún con vida; no podía haberle llevado tanto tiempo atestiguar su defunción.

Ordené a mi criado que se retirara; había momentos en que su curiosidad me resultaba molesta, y aquél era uno de ellos. No podía adivinar mis verdaderas intenciones, ni yo estaba dispuesto a revelárselas, y sospechaba en él fantásticas suposiciones que me hubiese resultado ofensivo conocer con exactitud.

Finalmente resolví subir.

Al llegar a la sala advertí que la puerta de sus aposentos estaba abierta, pero cuando me disponía a acercarme furtivamente a ella apareció miss Tina en el umbral.

—Está mejor... Está mejor. Ya ha salido de su letargo —dijo sin esperar mi pregunta––. El doctor le ha dado algo; dice que no hay peligro inmediato.

—¿Que no hay peligro inmediato? ¿No le ha parecido grave su estado?

—Sí, porque se ha excitado, y eso la afecta de un modo atroz.

—En ese caso volverá a sucederle de nuevo. Su tía se impone esfuerzos que la agotan. Es lo que hizo esta tarde.

—Tiene razón, no debe volver a salir.

Mi interlocutora suspiró profundamente; parecía muy abatida.

—Sin embargo —dije—, sé perfectamente que volverá usted a llevarla a todas partes la primera vez que se lo pida.

—¡No lo haré! —protestó—. ¡No lo volveré a hacer nunca más!

—Debe aprender a desobedecerla —me permití aconsejar.

—¡Oh, sí!

—Debe hacerlo por ella. Tiene que procurar ser fuerte y mostrarse segura y tranquila.

—Bueno... Ahora yo estoy tranquila —aseguró plácidamente.

—¿Y su tía? ¿Tiene conciencia? ¿Puede hablar?

—No. No habla. Pero busca mi mano y me la aprieta.

—¿Está sola ahora

—No. Está Olimpia a su lado.

Permanecíamos en la penumbra, y aunque no podía distinguir claramente su rostro

me pareció verla sonreír tímidamente. Dijo:

—He oído sus pasos..., y he salido un momento. —¡Cómo, si me acerqué casi de puntillas, haciendo el menor ruido posible!

—Pues le oí.

Me dispuse a luchar.

—¿Podemos pasar? —inquirí señalando el saloncito. Deseaba cada vez más estar cerca del tesoro.

—No podríamos hablar, nos oiría.

Me hubiera gustado proponerle que, en tal caso, nos sentáramos en silencio; pero comprendiendo que no era posible sugerí que nos alejásemos un poco para seguir conversando más tranquilamente en el otro extremo de la sala. Miss Tina aceptó; el doctor iba a volver de nuevo, dijo, y así podría recibirlo en la puerta.

Atravesamos el espacioso vestíbulo y nos detuvimos junto al balcón que daba al canal. Se me ocurrió invitarla a que saliéramos para poder ver al médico en cuanto llegara.

El aire, fuera, parecía más denso y ardiente. Todo estaba tranquilo y desierto; el vecindario dormía. Unas cuantas luces se reflejaban sobre el agua. Y la voz de un hombre que regresaba al hogar cantando, con la chaqueta al hombro y el sombrero ladeado, llegó a nosotros desde lejos. Pero esto no impedía que la escena fuera muy *comme il faut,* como había afirmado Juliana en nuestra primera entrevista. Una góndola pasó por el canal con su chapoteo lento y rítmico, pero no se detuvo ante la casa: el doctor no iba en ella.

Al cabo de un momento me decidí finalmente a abordar a mi compañera:

—¿Y dónde están ahora las cosas que guardaba en el baúl?

—¿En el baúl?

—Sí, aquel cofre verde que me señaló en el dormitorio. Me dijo que los papeles habían estado allí y supuse que quería darme a entender que ella los había trasladado a otro lugar.

—¡Oh, sí! Ya no están en el baúl —contestó.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha mirado? —Por supuesto. He mirado..., por usted.

—¿Cómo por mí? ¿Quiere decir que me los hubiera dado, de haberlos encontrado? —inquirí.

Tardó en contestar. Yo esperaba, anhelante, sus palabras. De pronto dijo, casi gritando:

—¡No sé lo que hubiera hecho!

—¿Sería capaz de buscar de nuevo..., en otra parte?

Miss Tina había hablado con una extraña emoción, y continuó en el mismo tono:

—¡No puedo!... No. ¡No puedo!... Mientras ella yace allí... ¡No estaría bien!

—No. No estaría bien —admití gravemente—. Tiene usted razón y la comprendo.

No había hablado hipócritamente, al contrario: me sentía avergonzado de mí mismo.

Al cabo de un instante ella agregó, como si hubiera adivinado mis sentimientos y se compadeciera, pero haciéndome notar que había ido demasiado lejos:

—No puedo engañarla de ese modo. No puedo..., cuando tal vez se esté muriendo.

—Dios no permita que se lo pida. Reconozco que he sido culpable.

—¿Culpable?

—Sí —confesé—. He navegado bajo pabellón falso.

Sentía la imperiosa necesidad de sincerarme, y le expliqué que me había presentado

con un nombre supuesto por temor a que su tía hubiera oído hablar de mí y se negara a recibirme. Reconocí también mi participación en la carta que Juan Cumnor les había remitido interesándose por los papeles del poeta.

Me escuchó con profunda atención; un inmenso asombro se reflejaba en su cara.

—¿Y cuál es su verdadero nombre? —preguntó.

Yo se lo dije, y lo repitió varias veces en voz muy baja. ¡Misericordia! —exclamó—. Me gusta más el verdadero.

—A mí también —afirmé riendo—. ¡Uf! ¡Es un alivio librarse del otro!

—¿Así que se trataba de un plan preconcebido..., de una especie de conspiración?

—¡Oh, no puede hablarse de conspiración! No éramos más que dos —protesté; excluyendo, naturalmente, a mistress Prest.

Miss Tina reflexionó un buen rato. Temí que nos acusara de haber procedido ruinmente, pero sólo comentó con candidez:

—¡Cuánto debe de desearlos usted!

—¡Oh, sí! ¡Apasionadamente! —gemí (debo admitirlo). La oportunidad me obligó a insistir, olvidando el arrepentimiento que había expresado hacía apenas unos minutos—. ¿Cómo podría ella haberlos cambiado de sitio? ¿Cómo realizar, en sus condiciones, semejante proeza?

—¡Ah, cuando se quiere algo de veras y se tiene tanta voluntad! —contestó miss Tina, como si ella misma ya se lo hubiera preguntado antes, sin conseguir encontrar la respuesta a aquel misterio. Quizá sospechara, como yo, que en algún momento de soledad la anciana hubiera realizado el milagroso esfuerzo de levantarse.

—¿No la habrá ayudado Olimpia? —inquirí—. ¿Ha hablado con ella?

Pero mi interlocutora respondió rápidamente que la criada no tenía nada que ver en el asunto, aunque sin admitir haberla interrogado. Demostraba cierta extraña timidez, una leve vergüenza, como si le doliera admitir que había conseguido contagiarle mi inquietud y se interesaba por mi empresa. De pronto dijo:

—Casi me parece usted una persona nueva, ahora que me ha dicho su nuevo nombre.

—No es un nombre nuevo —repuse riendo—. ¡Es mi auténtico nombre, tan viejo como yo!

Me miró francamente a los ojos.

—Bueno —dijo—, me gusta más.

—Si no fuera así preferiría seguir con el otro —contesté bromeando.

—¿De veras?

Y sin darme tiempo a responder prosiguió, cambiando de tema:

—Debe esperar... Debe tener un poco de paciencia.

Deduje, por el tono de sus palabras, que miss Tina admitía la posibilidad de que fuera tiempo perdido. Sin embargo afirmé que estaba dispuesto a seguir su consejo; en primer lugar porque no cabía hacer otra cosa, y en segundo porque contaba con su promesa de ayudarme.

«Claro que si Juliana puede andar —reflexionaba entre tanto desesperadamente— es posible que ya haya destruido su tesoro.»

—Por supuesto si los papeles han desaparecido mi ayuda no le servirá de nada —me hizo notar.

—Es cierto. ¡Si por lo menos pudiera usted averiguarlo! —supliqué.

—Creí que me había prometido esperar —se quejó ella.

—¿Hasta para eso?

—¿Y para qué otra cosa podía ser?

—¡Oh, nada! —repuse, evitando contestar a su pregunta. Me avergonzaba demasiado confesarle mi esperanza de que hiciera por mí algo más que averiguar si los papeles aún existían.

—Pero yo no prometí engañar, ¿no es cierto? No creo haberlo prometido —afirmó severamente.

—Ni tendría importancia que lo hubiera hecho o no —la tranquilicé—, porque no podría aunque quisiera.

Es posible que no me hubiera contestado, aun cuando no hubiera distraído su atención la pequeña góndola del médico, que entraba en aquel momento en el canal y se acercaba a la casa. Nos encaminamos a la sala para recibirlo, y en cuanto llegó me despedí de miss Tina, rogándole que me permitiera regresar para conocer la opinión del doctor sobre el estado de la enferma.

Abandoné el palacio y fui paseando hasta la *Piazza;* aunque era ya muy tarde no estaba desierta todavía, aún quedaban algunas personas sentadas ante las mesitas, en las terrazas de los cafés. En cuanto a mí, me sentía demasiado inquieto para sentarme.

Cuando regresé, pasada la media noche, me consumía la impaciencia. Le había prometido a miss Tina volver en busca de noticias y suponía que la encontraría esperándome; pero comprobé, desilusionado, que su puerta estaba cerrada.

Me quedé, pues, en medio de la sala, sumido en mis cavilaciones, con la esperanza de que me hubiera oído y se asomara. Mas ella no apareció. Me dije que seguramente, cansada de aguardarme, se había retirado a dormir; pero luego reflexioné que era imposible que se hubiera acostado: sin duda alguna permanecería toda la noche al lado de su tía, velándola.

Me acerqué a la puerta y me detuve a escuchar: nada se oía a través de ella. La golpeé suavemente, sin obtener respuesta, y tras aguardar un momento hice girar el pomo cuidando de no hacer ruido. No había luz en la habitación. Y esto, por sí solo, hubiera debido vedarme el paso; pero no fue así. Puesto que he consignado todas las indiscreciones e indelicadezas que no había dudado en cometer llevado de mi afán de apoderarme de aquellos papeles, no debo vacilar en confesar esta última culpa, ¡la más grave de todas!

La puerta del dormitorio de Juliana estaba entreabierta; no tenía la intención de transponerla, sin embargo. No atreviéndome a llamar a miss Tina, me limité a esperar que advirtiera la luz de mi lámpara, en la confianza de que saldría a mi encuentro. Como no lo hizo supuse que se había quedado dormida; si era así, parecía evidente que el estado de su tía no le inspiraba preocupaciones, y esta reflexión debió de inducirme a salir inmediatamente de allí.

Pero me resistía a marcharme. No tenía un propósito deliberado, ni abrigaba una intención aviesa. No obstante, me retenía un intenso sentido, aunque absurdo, de la oportunidad.

¿Oportunidad para qué? No hubiera podido precisarlo, puesto que no entraba en mis cálculos la idea del robo. Por otra parte, aun cuando me hubiera asaltado la tentación, me habría detenido la dificultad casi insuperable de no disponer de llaves ni herramientas para forzar las cerraduras. Y sin embargo... tenía conciencia de estar más cerca que nunca del objeto de mis esperanzas.

No se percibía ningún ruido procedente de la habitación contigua. Si miss Tina estaba

durmiendo, su sueño era profundo. ¿O tal vez se fingía dormida, para dejarme en libertad? ¿Sabía acaso que yo estaba allí y se quedaba inmóvil para ver lo que hacía? ¿Y.. sería capaz de hacerlo? Quizás ella supiera mejor que yo, que no.
Me detuve frente al escritorio y lo contemplé ávidamente, aunque no ignoraba que mi interés por él era absurdo. Había diez probabilidades contra una de que los papeles hubiesen sido destruidos, y en caso contrario, la astuta Juliana no iba a guardarlos en un lugar como aquél, después de haberlos sacado del baúl verde. No los habría trasladado, preocupada por su seguridad, del mejor escondite al peor de todos. El escritorio quedaba más visible y más expuesto que el baúl, y en una habitación que ella no podía estar vigilando constantemente.

De pronto me asaltó una duda. ¿No resultaba extraño haber encontrado la puerta abierta? Si miss Tina no la había cerrado, ¿no significaba eso, quizá, que quería ayudarme? Ella conocía muy bien mis deseos.

Me pregunté si mi amiga habría dejado, también, el escritorio abierto. Estaba protegido por una cerradura y un pequeño pasador de bronce, y para comprobarlo bastaba con tocar el pasador... Un simple contacto me indicaría lo que deseaba saber... No me proponía nada en concreto, ni siquiera pretendía correr la tapa. No lo hubiera hecho, posiblemente.

Alargué la mano, y... ¡Todavía me conturba recordarlo! Fue sólo una intuición, ya que no había oído nada... Miré por encima de mi hombro y, confuso y avergonzado, retrocedí. Allí estaba Juliana, de pie, envuelta en su blanco camisón, mirándome. Con sus descarnadas manos en alto. Sin la eterna cortina que ocultaba la mitad de su rostro. Fue aquélla la única vez que vi sus ojos extraordinarios, que en aquel momento brillaban de ira. Nunca olvidaré su extraña figura, encorvada y vacilante; nunca olvidaré su cabeza inclinada, su terrible expresión. Y recordaré mientras viva el acento silbante de sus palabras cuando me gritó furiosa y apasionadamente:

—¡Maldito! ¡Canalla!

No sé qué excusas, qué explicaciones, qué disculpas logré murmurar azoradamente. Pero cuando me acerqué para asegurarle que no intentaba, realmente, robarle sus cartas, me rechazó agitando violentamente sus viejas manos y se apartó de mí horrorizada.

Apareció miss Tina en aquel momento en el umbral de la puerta, y la anciana se desplomó en sus brazos.

IX

La sospecha de que la anciana no hubiera sobrevivido a la terrible impresión que le había causado me tuvo en vela toda la noche. Pero ¿cómo hubiera podido suponer que fuera capaz de levantarse sola de la cama?

A la mañana siguiente, no bien me hube informado de que mis temores habían sido infundados, resolví marcharme de Venecia. No me fue posible hablar con miss Tina antes de partir; sólo vi a la criadita, a quien confié una nota para sus amas explicando que debía ausentarme por unos días.

Fui a Travieso, a Bassano, a Castelfranco. Visité viejas iglesias y contemplé sus cuadros mal iluminados. Paseé en coche y a pie. Pasé horas enteras fumando, sentado en las terrazas de los cafés, bajo los toldos amarillos.

Pero a despecho de tales pasatiempos, apenas disfruté de mis viajes. El amargo

recuerdo de mi humillación me perseguía a todas partes. Había sido un golpe demasiado duro ser sorprendido en plena noche por Juliana, examinando la cerradura de su escritorio.

Me costó varios días decidirme a escribir a miss Tina para intentar disculpar mi actitud, buscando quizás un poco de consuelo en su comprensión; mas cuando finalmente lo hice no se dignó contestarme.

Llegué a la conclusión de que el único modo de reparar mi agravio sería abandonando definitivamente la plaza; debía sacrificar mis esperanzas y librar para siempre a las dos pobres mujeres de la carga de mi presencia.

Sin embargo, no podía resolverme a renunciar a los papeles. Me dije que podía intentar el experimento de una breve ausencia. Me mantendría a la sombra el tiempo suficiente para que la anciana creyera haberse desembarazado de mí, puesto que indudablemente tal era su deseo, ya que mi desaprensivo comportamiento de aquella noche la habría curado sin duda de su inclinación a aceptar mi compañía por amor a mi dinero.

Por otra parte, pensaba, no podía abandonar a miss Tina, y seguí tratando de creerlo aun después de comprobar que ella había decidido ignorar mis apremiantes requerimientos de noticias. ¿Acaso su mismo silencio no demostraba la magnitud de su enojo?

Me acuciaba el remordimiento y, no obstante, si tenía escrúpulos para volver, también los tenía para no hacerlo. Deseaba ardientemente mostrarme ante Juliana y su sobrina bajo una luz más favorable.

Y transcurridos doce días, incapaz de contener mi impaciencia, regresé por fin a Venecia.

No había telegrafiado a mi criado para que fuera a recibirme a la estación; pero se asomó a una de las ventanas en cuanto llegué a la casa.

—Ya han enterrado a *quella vecchia* —me dijo en el vestíbulo de la planta baja, mientras cogía mi maleta, con una mueca que era casi un guiño, como si estuviera seguro de complacerme con aquella noticia.

—¿Ha muerto? —me sobresalté.

—Así parece, puesto que la enterraron.

—¿Y cuándo fue el entierro?

—Anteayer. Pero apenas puede llamársele entierro, *signore: roba da niente; un piccolo passeggio brutto* de dos góndolas. *Poveretta!* —exclamó, refiriéndose al parecer a la sobrina. Y supuse que su concepto de los entierros era casi el de una fiesta para los vivos.

Me sentía vivamente impresionado, y además me incomodaba la idea de que mi pobre amiga hubiera debido afrontar sola unos momentos tan dificiles; además, ¿cómo se las había compuesto después de la muerte de su tía? ¿Qué sabía ella de todas esas cosas, de los trámites y las diligencias necesarios en tales ocasiones? *PPoveretta,* por cierto! Sólo me cabía esperar que el médico la hubiera ayudado y que no hubiera sido abandonada por los viejos amigos de quienes me habló; por aquel reducido grupo de amigos fieles, cuya única fidelidad consistía en visitarlas una vez al año.

Mi criado me explicó que dos ancianas y un viejo caballero habían acudido, en efecto, a consolarla. La habían ido a buscar en su góndola para acompañarla en el trayecto al cementerio: una islita de tumbas, cercada de muros rojos, al norte de la ciudad y en el ca-

mino de Murano.

Se deducía de tales datos que mis huéspedes eran católicas, descubrimiento imposible de realizar hasta entonces, ya que la anciana no podía ir a la iglesia, y su sobrina, que yo supiera, no lo hacía tampoco; a menos que asistiese a la primera misa en la parroquia vecina, mientras yo estaba aún dormido. Lo cierto es que hasta los sacerdotes respetaban su clausura: nunca había visto allí el ruedo de una sotana.

Aquella misma tarde envié a mi criado a preguntar a miss Tina si podía concederme unos minutos. Regresó diciendo que la había buscado inútilmente por toda la casa, y que por último la había encontrado en el jardín, paseando y cogiendo flores «como si fueran suyas». Ella le había hecho saber que estaría encantada de verme.

Me recibió con una pálida sonrisa. Observé que iba de negro, pero eso no cambiaba sensiblemente su aspecto: siempre me había parecido verla vestida de luto, como si usara viejos trajes de un duelo interminable. Era visible que había llorado mucho. Había llorado, supuse, simple, gustosa, consoladoramente; había llorado como lloran los niños; porque se había quedado sola. En su rostro no se advertía, sin embargo, aquel especial atractivo, dulce, que a veces acompaña al dolor.

Casi me sorprendió verla allí, de pie, envuelta en las primeras sombras de la noche, sosteniendo un enorme ramo de rosas y mirándome mansamente con sus ojos enrojecidos. Su cara pálida, orlada por la mantilla, parecía más larga y delgada que de ordinario.

Yo no podía dudar de que estuviera resentida y disgustada conmigo, y aunque la creía incapaz de demostrarme su rencor, estaba preparado para que me recibiera fríamente. Pero la verdad es que se alegró de verme, y se mostró mucho más amable y tranquila de lo que me hubiera atrevido a esperar. Esto me emocionó profundamente, y me pareció que simplificaba mi situación; aunque había de descubrir, mucho más tarde, todo lo contrario.

Procuré pues, a mi vez, mostrarme comprensivo y afectuoso. Paseamos largo rato por el jardín, y no hubo entre nosotros explicaciones de ninguna clase. Ni siquiera le pregunté por qué no había contestado a mi carta, ni quise repetir de palabra su contenido. Si ella prefería dejarme suponer que había olvidado la innoble actitud en que me había sorprendido su tía, y los graves efectos que la sobreexcitación había producido en la anciana, yo tenía menos interés aún en recordarlo.

Parecía haber recobrado su confianza en mí, ya que de nuevo demostraba interés. Creo que le preocupaba su futuro. Ella no era orgullosa ni tenía pretensiones de independencia, y llegó a confesarme con franqueza que ignoraba qué era lo que más le convenía hacer. Prudentemente, procuré llevar la conversación por otros derroteros, ya que no estaba dispuesto a declarar que la ayudaría. Su conocimiento de la vida era tan escaso, que no hubiera encontrado razón alguna para que yo no cuidara siempre de ella, puesto que la compadecía.

Me explicó cómo había muerto su tía, en una paz absoluta, y cómo se había hecho todo después por medio de sus buenos amigos, ya que afortunadamente y gracias a mí, añadió sonriendo, había dinero en la casa. Me repitió una vez más que cuando los italíanos simpatizaban con alguien era para toda la vida; y cuando agotamos el tema se interesó por mi gira, mis impresiones, mis aventuras y los lugares que había visitado.

Le conté lo que pude, inventando un poco, ya que consumido por la inquietud y los remordimientos no había disfrutado mucho de tales cosas; y ella exclamó después de

oírme, olvidando por un momento su pena:

—¡Oh, cómo me gustaría imitarlo y hacer también un viaje de recreo!

Me ofrecí a acompañarla a alguna pequeña excursión.

—Creo que le conviene un cambio de ambiente —concluí—. Deberíamos reflexionar sobre el proyecto y comentarlo despacio.

Me abstuve cuidadosamente de mencionar aquella tarde los codiciados papeles de Aspern, y nada le pregunté sobre lo que hubiera podido averiguar respecto a su existencia o su destino. Y no porque no me sintiera como sobre ascuas, sino porque me pareció más decoroso disimular mi impaciencia.

Al despedimos me rogó que nos separásemos en el jardín, y su actitud me recordó que, de acuerdo con las normas venecianas, ya que estaba sola en el *piano nobile* mi comportamiento debía ser particularmente cauteloso.

En vano había esperado que miss Tina se refiriera a los documentos; no obstante, considerando el estado de depresión en que lógicamente la había sumido la muerte de su tía, su silencio me había parecido natural. Pero reflexioné, más tarde, que puesto que había sido capaz de interesarse por mis viajes, bien podía haber aludido también al objeto principal de mis preocupaciones. ¡No podía haberlo olvidado! No era concebible que sus emociones, por violentas que hubieran sido, hubiesen borrado el recuerdo de mi interés por las reliquias de la anciana. Y de pronto me asaltó una duda: ¿significaba su reserva que no quedaba ya reliquia alguna?

Pasé desvelado la mayor parte de la noche, y a la mañana siguiente resolví entrevistarme de nuevo con miss Tina lo antes posible. Tenía un buen pretexto: había una cuestión práctica que era ya indispensable tratar. Estaba en la obligación de hacerle saber formalmente que no deseaba seguir en calidad de inquilino, y al mismo tiempo deseaba demostrarle cierto interés por su propia situación con respecto a la casa y a la situación de su contrato.

Esta vez no le envié ningún recado; bajé simplemente a la sala y me puse a recorrerla de un extremo a otro. Sabía que saldría a mi encuentro en cuanto me oyera. Por alguna oscura razón prefería no estar encerrado con ella: los jardines y los vestíbulos espaciosos me parecían lugares más adecuados para conversar.

La mañana era magnífica, y algo en la atmósfera advertía el fin del largo verano de Venecia: una suave brisa marina agitaba las flores del jardín y extendía su soplo agradable hasta el palacio, menos cerrado y sombrío ahora que en vida de Juliana. Empezaba el otoño y el fin de los dorados meses. Con ellos terminaba también mi experimento, o terminaría al cabo de media hora, cuando tuviera la certeza de que en realidad mis sueños habían quedado reducidos a cenizas. Después de eso, sólo me restaría encaminarme a la estación; porque no podía considerar siquiera la posibilidad de quedarme allí, para actuar de guardián de una desvalida solterona. Si no había salvado los papeles, ¿qué obligación tenía yo hacia ella? Un poco perplejo, me pregunté hasta qué punto tendría que agradecer y en qué forma recompensar su gentileza, en el caso de que los hubiera salvado. ¿No me obligaría un servicio tal a su custodia? Si la perspectiva no me inquietó demasiado fue por considerar sumamente improbable tal eventualidad. En el caso de que Juliana no hubiera destruido ya su tesoro la noche que me sorprendió frente a su escritorio, lo habría hecho sin duda al día siguiente.

Miss Tina tardó en salir más de lo que había supuesto.

—La estaba aguardando —le dije en cuanto apareció.

—¿Por qué no me ha hecho avisar?

Algunas horas después me alegré de no haberle contestado que esperaba que su intuición femenina le hubiera advertido de mi presencia. Fue para mí un consuelo no haber jugado nunca con su sensibilidad, ni siquiera de un modo tan discreto. Lo que le dije, en cambio, fue virtualmente la verdad: que había estado demasiado nervioso, porque esperaba de sus labios la decisión de mi destino.

—¿De su destino? —repitió.

Noté, mientras hablaba, que se había operado en ella una curiosa transformación. Sí, había cambiado con respecto a la tarde anterior: parecía menos natural, menos serena. Cuando la encontré en el jardín había estado llorando y ahora tenía los ojos secos, y, sin embargo, parecía menos segura. Era como si le hubiera ocurrido algo durante la noche. O, por lo menos, como si hubiera estado pensando en algo que la perturbara. En todo caso, aquello afectaba especialmente a sus relaciones conmigo y las hacía más complicadas y embarazosas. ¿Había, tal vez, empezado a sentir que la ausencia de su tía alteraba mi situación en la casa?

—Me refiero a los papeles. ¿Existen algunos todavía? ¡Ahora ya debe de saberlo!

—Sí, hay muchos. Más de los que suponía —repuso con voz temblorosa.

—¿Quiere decir que los ha encontrado.... y que podré verlos? —inquirí alborozado.

—No creo que pueda verlos —negó, casi suplicante, como si deseara ardientemente conservarlos y temiera que se los quisiera quitar.

Pero ¿cómo podía esperar de mí semejante sacrificio? ¿Para qué había regresado yo a Venecia sino para verlos y para llevármelos?

—Los tengo —añadió lentamente—, pero no puedo mostrarlos.

—¡Ah! ¿Ni siquiera a mí? —le reproché amargamente.

Se ruborizó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Me di cuenta de la angustia que le costaba su resolución, inspirada en un rígido sentido del deber; pero me irritaba verme frente a aquel obstáculo, tanto más por cuanto no contaba con él.

—¿Acaso le hizo una promesa en su lecho de muerte? ¡Oh, preferiría que su tía hubiera quemado los papeles! No quisiera obtenerlos al precio de una traición...

—No. No se trata de una promesa.

—¿De qué se trata, entonces?

Tardó un instante en contestar.

—Trató de quemarlos —dijo— pero yo lo impedí. Los había escondido en su cama.

—¿En su cama?

—Sí, debajo del colchón. Los puso allí cuando los sacó del baúl. No logro entender cómo..., porque Olimpia no la ayudó; me lo ha dicho y la creo. Mi tía sólo le ordenó después que no deshiciera nunca la cama... que no quitara más que las sábanas. Y así siempre estaba mal hecha —añadió con sencillez.

—¡Debí haberlo sospechado! ¿Y cómo trató de quemarlos?

—No lo intentó. Estaba demasiado débil. Pero me lo mandó..., me lo encargó a mí. ¡Oh, fue terrible! No podía hablar después de aquella noche. Se expresaba sólo por signos...

—¿Y usted qué hizo?

—Los saqué de allí y los guardé.

—¿En el escritorio?

—Sí, en el escritorio —contestó, enrojeciendo de nuevo.

—¿Le prometió quemarlos?

—No. No lo hice. Deliberadamente.

—¿Para hacerme un favor?

—Desde luego. ¡Sólo por eso!

—¿Y en qué consiste el favor, si se niega a dejármelos ver?

—¡Ah, en nada! Ya lo sé. Ya lo sé... —murmuró desmayadamente.

—¿Y ella creyó que los había destruido?

—No sé si lo creyó o no. No podría decirlo.

—En ese caso, no comprendo qué puede retenerla...

—¡Oh, odiaba tanto esa idea! ¡Tanto! ¡Era tan celosa de sus secretos! Pero aquí está el retrato, se lo regalo —dijo la pobre mujer, sacando el cuadrito del bolsillo.

—¿Me lo regala? —pregunté asombrado.

—Sí —afirmó, alargando la mano para ofrecérmelo.

Lo cogí, un poco turbado por su generosidad.

—Pero esto vale mucho dinero.

—¡Bueno! —admitió ella.

—No puedo aceptarlo —resolví—. Y tampoco me es

posible pagar por él de acuerdo con la idea que su tía tenía de su valor. Lo tasaba en mil libras.

—¿Quiere venderlo?

—¡Dios me libre! —exclamé—. Prefiero el retrato al dinero.

—Entonces, consérvelo.

—¡Es usted muy espléndida!

—También lo es usted.

—No sé qué razones tiene para suponerlo —respondí sinceramente, porque la buena mujer parecía referirse a algo concreto que yo no lograba comprender.

—Pues bien —afirmó resueltamente—. Usted ha realizado un gran cambio en mi vida.

Miré el retrato de Jeffrey Aspern, en parte para desviar la vista de mi compañera, cuya expresión había empezado a turbarme y hasta me asustaba un poco. No contesté a sus palabras; no sabía qué decir. En vano busqué en los ojos del poeta, tan jóvenes y luminosos, y, sin embargo, tan sabios y profundos, la solución de aquel enigma. Jeffrey Aspern parecía sonreír, divertido, con suave ironía.

—¿Es éste un soborno para hacerme renunciar a los papeles? —pregunté perversamente—. Porque, por mucho que lo valore, si nie viera forzado a elegir, preferiría los papeles. ¡Los preferiría sin la menor vacilación!

—¿Qué derecho tiene usted a elegir? —replicó miss Tina con voz dolida.

—Comprendo. Por supuesto, no hay más que hablar si considera la prohibición que pesa sobre usted como algo insuperable. En tal caso, debe pensar que separarse de ellos sería una impiedad, ¡un verdadero sacrilegio!

Negó lentamente con la cabeza.

—Tengo miedo. Si la hubiera conocido seguramente me comprendería —confesó, y se estremeció de pronto—. ¡Tengo mucho miedo! Era terrible cuando se irritaba.

—Sí. Pude comprobarlo aquella noche. Era terrible, es cierto... Y sus ojos, ¡Oh!... ¡Eran bellísimos!

—Estoy viendo esos ojos... ¡Todavía se clavan en mí en la oscuridad!

—Es porque se ha puesto muy nerviosa con todo lo que le ha sucedido —intenté calmarla.

—¡Oh, sí! Muy, muy nerviosa.

—No debe preocuparse. Eso pasará —la consolé afectuosamente. Y luego añadí, resignado, porque en realidad sentía que era mi deber aceptar la situación—: Bueno, así son las cosas y no es posible evitarlo. Debo renunciar.

Ella me miró a los ojos y profirió un leve gemido, pero no dijo nada.

—Preferiría que los hubiera destruido —proseguí—. Así ya no podría intentar nada. Y lo que no comprendo es por qué no lo ha hecho, dado su modo de pensar.

—Eran su vida...

—Eso me hace desearlos mucho más.

Permanecimos un rato en silencio. No quedaba ya mucho qué decir.

Estábamos de pie, en medio de la sala. Miss Tina había dejado abierta a su espalda la puerta que conducía a su aposento, pero no me había invitado a entrar.

—Como comprenderá, me veo obligado a dejar mis habitaciones —le comuniqué—. Parto de Venecia inmediatamente.

En su rostro se reflejó una extraña congoja.

—¿Inmediatamente? ¿Quiere decir hoy mismo?

Su acento no era ya lastimero, como antes. Ahora gritaba, trágica, desesperadamente.

—¡Oh, no! —afirmé—. No me iré mientras pueda serle útil en algo.

—¡Ah! —suspiró—. Sólo un día o dos más... Acaso dos o tres días.

Hizo un esfuerzo para contener las lágrimas, y añadió, en tono más reposado:

—Ella quiso decirme algo... El último día. Algo muy especial. Pero no pudo.

—¿Y no logró adivinar...? ¿No se le ocurre qué pueda ser?

—No. Lo he intentado, pero no sé. He pensado toda clase de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Pues... Si usted perteneciera a la familia, la situación sería muy distinta.

—¿Si perteneciera a la familia? —murmuré asombrado.

—Si no fuera un extraño. Entonces tendría los mismos derechos que yo. Todo lo que fuera mío sería suyo también, y podría hacer lo que quisiera con ello. Yo no podría impedírselo.... y usted no tendría responsabilidad alguna.

Había hablado nerviosamente y muy aprisa, como si repitiera palabras aprendidas de memoria. Al principio me parecieron tan sutiles que estuve a punto de equivocar su sentido. Pero al cabo de un instante su expresión me ayudó a comprender, y ya no me cupo la menor duda.

La situación resultaba en extremo embarazosa. Incliné la cabeza nuevamente sobre el retrato de Jeffrey Aspern, ¡qué caprichosa mirada la de aquellos ojos!

«¡Compóntelas como puedas, querido amigo!», parecía decir.

Guardé el cuadro en el bolsillo de la chaqueta y dije:

—Sí, lo venderé en su nombre. No obtendré mil libras por él como es lógico, pero sí una buena suma.

Me miró a través de sus lágrimas conmovedoras, pero trató de sonreír al contestar:

—Podríamos compartir las ganancias.

—No. El dinero será todo para usted.

Y añadí al cabo de un momento:

—Creo saber lo que su pobre tía quiso decirle. Quería darle instrucciones para que los

papeles fueran enterrados con ella.

Pareció reflexionar, y luego negó enérgicamente:

—¡No! No le habría parecido seguro.

—Yo diría que nada podría serlo más.

—Ella creía, sin duda, que cuando la gente quiere publicar algo es capaz hasta de...

No acabó la frase.

—¿De profanar una tumba? —concluí—. ¡Dios nos asista! ¿Qué opinión debió de tener de mí!

—¡No era justa! ¡No era generosa! —gritó la pobre mujer con súbita pasión.

—¡No diga eso! Todos somos humanos —protesté, y agregué—: Si ha hecho testamento, quizá la ilustre de algún modo sobre su voluntad.

—No, no lo he encontrado... Tal vez lo rompió.

Quedó pensativa un instante, y continuó, volviendo al tema que la obsesionaba:

—Me quería mucho. Quería que yo fuera feliz. Y si alguien se hubiera mostrado bondadoso conmigo... Era de eso de lo que quería hablarme.

Me asombré de nuevo ante su astucia; era una astucia infantil, transparente.

—No esté tan segura. Ella no habría querido tomar ninguna disposición que me beneficiara.

—No. A usted no; pero a mí, sí. Sabía que me habría gustado ayudarle. Y no se hubiera negado, no porque usted le importara, sino porque pensaba en mí.

Casi había logrado dominarse, y añadió en tono persuasivo:

—Podría ver esos papeles... Podría utilizarlos...

Pero no siguió; se detuvo, sin duda, al observar la confusión que se reflejaba en mi rostro. Yo no podía mantenerme impasible, por cierto. Sin embargo, aquella mujer me inspiraba una profunda piedad, y fue para mí un consuelo, mucho tiempo después, no haberle demostrado nunca que su desesperada actitud me pareciera ridícula.

—¡No sé qué hacer! Estoy demasiado turbada, demasiado avergonzada —me aseguró impetuosamente. Y hundiendo la cara entre las manos, estalló en violentos sollozos mientras corría a refugiarse a su aposento.

Si ella estaba desorientada, yo lo estaba más todavía. Y me quedé allí, mudo, mirándola alejarse. Mas de pronto se volvió nuevamente hacia mí y regresó a mi lado.

—Se lo daría todo y ella lo comprendería; lo comprendería, esté donde esté... ¡Y me perdonaría!

—¡Por favor, por favor! —tartamudeé por toda respuesta.

Retrocedí instintivamente unos pasos, y recuerdo que me excusé, con la vista fija en el suelo:

—No es posible... No es posible...

Huí después de la sala y salí corriendo del palacio. Cuando llegué a mi góndola, el remero, que estaba reclinado en los almohadones, se enderezó de un salto al verme. Y a su habitual: *«Dove commanda?»,* contesté torpemente:

—A cualquier parte; a cualquier parte. ¡Salgamos de la laguna!

Me pregunté, una y mil veces, mientras avanzábamos suavemente sobre el agua: «¿Qué otra cosa han podido significar sus palabras, sino una propuesta de matrimonio?» ¡Ese era el precio! ¿Y se imaginaba que yo iba a pagarlo, pobre mujer enamorada y absurda?

Paseamos largamente. Sentado bajo la *tenda,* inmóvil, sin prestar atención alguna a

cuanto me rodeaba, aturdido y sofocado, intenté analizar mi situación desapasionadamente. Me decía que quizá la actitud de miss Tina hubiera sido, después de todo, el condenable fruto de mi obra. ¿Suponía ella que yo había jugado con sus sentimientos para obtener los papeles? Pero no era verdad. ¡No lo era! ¡Yo no había representado el papel de enamorado ni por un momento!

Navegamos sin rumbo fijo durante más de una hora. Por último, cuando estábamos cerca del Lido, le ordené al gondolero que se detuviera. Necesitaba andar; quería hacer ejercicio con la esperanza de calmarme un poco. Desembarqué en la playa y me encaminé hacia Malamocco.

No le había dado motivos... ¡No! —me repetía incesantemente—. Le había dicho a mistress Prest que pensaba hacerle el amor a la sobrina, pero no había sido más que una broma. Yo nunca había abrigado la intención de presentarme como un pretendiente a su mano, y no lo había hecho. Si me mostré con ella lo más amable posible fue porque me era en realidad simpática; sin embargo, ¿desde cuándo constituía eso un delito, tratándose de una mujer de su edad y de su aspecto? No obstante no podía evitar sentirme culpable. No había obrado premeditadamente, pero sí con ligereza.

Mi agitación era tan grande que no consigo recordar cómo pasé aquel día, ni qué emociones experimenté exactamente. Vagué, perdido, por las calles y plazas de Venecia: no iba a ninguna parte, no tenía nada que hacer. Por mucho que mi caso pudiera parecer ridículo, y hasta cómico, para cualquier otra persona, yo no lograba considerarlo sino por el lado más triste y amargo.

De todos modos, pensaba, le hubiera dado motivos o no para sus absurdas esperanzas, fuera o no culpable, lo cierto es que no estaba dispuesto a pagar el precio exigido. No podía aceptar el trato. No podía, por un manojo de arrugados papeles, casarme con una vieja provinciana y ridícula. Y ella debía de saber muy bien que nunca se me hubiese ocurrido hacerlo; por eso me lo había sugerido heroicamente, con una timidez más impresionante que la audacia y más razones que sentimientos.

A medida que iban pasando las horas crecía en mí el deseo de no haber oído hablar nunca de las reliquias de Juliana, y llegué a maldecir la curiosidad que había puesto a Juan Cumnor sobre su rastro. Teníamos material más que suficiente para investigar la vida de Jeffrey Aspern, y mis preocupaciones y remordimientos eran el merecido castigo por la peor de las locuras humanas: empeñarse en ignorar el momento justo en que es preciso detenerse. Se podría suponer que no había de resultarme particularmente difícil sustraerme a mi castigo: me bastaba con marcharme de Venecia en el primer tren de la mañana, después de escribir una nota a miss Tina, que le sería entregada cuando yo ya hubiera abandonado el palacio. Sin embargo, cuando trataba de componer mentalmente la nota que escribiría en cuanto llegara por la noche a mi aposento, sentía que debía empezarla agradeciéndole la confianza que había depositado en mí. Y no era un comienzo satisfactorio; parecía querer anunciar una aceptación inmediata. Naturalmente, hubiera podido partir sin una palabra de despedida, mas ésa era una actitud brutal, y los desenlaces brutales estaban en desacuerdo con mi manera de ser.

Resignado al fin con mi suerte, conseguí calmarme un poco. E incluso llegué a asombrarme de la importancia que había podido atribuir a un puñado de papeles amarillentos y arrugados. Sólo pensar en ellos se me hizo odioso, y me sentí tan indignado contra Juliana por no haberse decidido a destruirlos a tiempo, como lo estaba contra mí mismo por haber gastado más dinero del que podía permitirme tratando de ob-

tenerlos.

Me acosté muy cansado aquella noche, sin haber conseguido hilvanar un mensaje para miss Tina. ¿Fue ese fracaso la causa de que a la mañana siguiente, no bien me desperté, resolviera entrevistarme nuevamente con ella en cuanto accediera a recibirme? Algo tuvo que ver con mi resolución, sin duda alguna; pero el factor más decisivo lo constituyó una curiosísima transformación ocurrida en mi espíritu mientras dormía. Tuve conciencia de ella en el instante mismo de abrir los ojos y me hizo saltar de la cama con el impulso de un hombre que recuerda de pronto haber dejado abierta la puerta de su casa, o una vela encendida debajo de un anaquel.

¿Estaría aún a tiempo de salvar mis tesoros? La duda me inquietaba, porque en la inconsciente función cerebral del sueño había llegado a una apasionada valorización del tesoro de Juliana. Los papeles me parecían ahora más preciosos que nunca y eran mayores mis ansias de conseguirlos. Incluso la condición impuesta se me antojaba, de pronto, indigna de ser tenida en cuenta.

Era absurdo renunciar tan fácilmente y retroceder desesperado ante la idea de que el único camino para llegar a mis fines fuera unirme a aquella mujer para toda la vida. No era necesario atarme para poseer lo que ella poseía. Debo agregar, sin embargo, que hasta el momento en que le mandé preguntar si podía recibirme no había encontrado todavía otra alternativa.

La claudicación era humillante, pero ¿qué otro recurso me quedaba?

Miss Tina me contestó diciendo que podía ir cuando lo deseara. Y mientras descendía la escalera y atravesaba la sala hasta su puerta —esta vez me recibió en el modesto saloncito de su tía— alentaba la esperanza de que no hubiera imaginado una respuesta favorable. No podía haber dejado de interpretar mi fuga del día anterior como una decidida negativa a sus deseos.

En cuanto penetré en la habitación comprobé que así era, pero advertí además algo que no había entrado en mis cálculos: la conciencia de su fracaso la había alterado extrañamente. Su transformación me impresionó.

Estaba de pie en medio del cuarto, inclinado hacia mí su rostro lleno de dulzura, y su mirada de perdón era angelical; la embellecía y le daba una apariencia más joven. Ya no era una vieja ridícula. Esa sutileza de expresión, esa magia del espíritu, la habían transfigurado. Y mientras yo la descubría, inmóvil, oí que una voz interior me susurraba:

«¿Por qué no, después de todo...? ¿Por qué no?»

Tuve la impresión de que podría pagar el precio.

Cuando me habló me dejó tan perplejo el efecto diferente que su voz causaba en mí, que al principio no logré entender con claridad sus palabras. Luego comprendí que me estaba diciendo adiós y que añadía algo sobre su deseo de que fuera dichoso.

—¿Adiós? ¿Adiós? —repetí con inflexión interrogativa.

Mas advertí que no captaba el interrogante y sólo había escuchado la palabra. Y puesto que estaba resuelta a la separación, la interpretó como una prueba.

—¿Parte hoy mismo? —preguntó—. Pero no importa cuando sea, porque de cualquier modo no le volveré a ver. No quiero volver a verle.

No le cabía la menor duda de que yo la había abandonado, lleno de horror, después de oír sus pretensiones. De lo contrario hubiera vuelto a verle antes de la noche. Habría vuelto siquiera por convencionalismo, en un rasgo de humanidad.

A pesar de todo le quedaba la suficiente valentía para sonreírme en medio de su

humillación. Por eso me parecía una mujer nueva.

—¿Y usted qué hará? ¿Dónde piensa ir? —me interesé.

—¡Oh, no lo sé! De todos modos... Ya he hecho lo más importante: he destruido los papeles.

—¿Los ha destruido? —susurré, anonadado.

—Sí. ¿Para qué iba a guardarlos? Anoche los quemé uno por uno en la cocina.

—¿Uno por uno? —hice eco fríamente.

—Me llevó mucho tiempo. ¡Había tantos!

La habitación pareció dar vueltas a mi alrededor mientras escuchaba sus terribles palabras; se me nublaron los ojos.

Cuando me recobré miss Tina estaba aún allí, pero la transfiguración había concluido: había vuelto a convertirse en una mujer vulgar, insignificante y de edad madura. En ese carácter habló de nuevo, cuando dijo:

—No puedo quedarme con usted más tiempo. No puedo.

Y me volvió la espalda, como yo había hecho con ella veinticuatro horas antes, y se dirigió a la puerta de su habitación. Pero, ya allí, hizo lo que yo no había hecho al abandonarla: se volvió para mirarme una vez más. Nunca he olvidado aquella mirada, y a veces todavía me mortifica recordarla, por exenta de rencor que fuese. No. Ella era incapaz de rencor, como era incapaz de cualquier sentimiento amargo o vengativo. Cuando más adelante le remití, en pago del retrato de Jeffrey Aspern, una suma mucho más elevada de la que se hubiera podido esperar obtener por él, y le escribí que lo había vendido, aceptó el dinero y me dio las gracias. No se le ocurrió devolvérmelo.

Sí, le dije que había vendido el retrato; pero aquel otoño, cuando me encontré en Londres con mistress Prest, admití francamente haberlo colgado sobre mi mesa de trabajo.

Así es, en efecto. Y cada vez que lo miro, me resulta intolerable mi sensación de fracaso por la pérdida de los preciosos papeles.